

CAPITULO IV

El primer viaje, la poesía del Océano y el misterio de la isla de San Salvador

Tomemos de nuevo la declaración de Arias Pérez Pinzón, confirmada por la de varios marinos que tomaron parte en el primer viaje de descubrimiento:

Dice que, al volver de la Corte, el almirante trajo una orden de Su Alteza y una cierta cantidad de dinero para ir a descubrir aquellas tierras, con tres navíos, y que al llegar a la villa de Palos, no encontró el almirante a nadie que quisiera ir con él, ni dejarle llevar sus navíos, pues se decía que si iba no encontraría jamás la tierra. Esto fué de tal suerte que estuvo dos meses sin encontrar ningún medio de salir adelante, y cuando vió que no llegaba a nada, que no había piloto ni marineros dispuestos a seguirle, volvió a insistir con Martín Alonso, y le mostró los

privilegios que le concedían Sus Altezas. Martín Alonso, viendo que el almirante no conseguía nada, animado por las ventajas que le ofrecía y por el deseo de servir a Sus Altezas, accedió a marchar con él y le dió el original de un documento que había traído de Roma. Al mismo tiempo puso a disposición del almirante sus navíos, parientes y amigos, y en menos de un mes, estuvo dispuesta la flota. Esto lo sabe porque lo vió, y partieron para hacer dicho viaje.

Esta página es un resumen exacto y discreto de las dificultades con que tropezó Colón y que, sin la intervención de Pinzón, hubiesen hecho imposible su partida para el descubrimiento de las Antillas.

Sabemos por Las Casas que después de terminar Colón todos sus negocios en la Corte, y de verse con gran satisfacción en posesión de todas las provisiones, cédulas, cartas y mercedes reales que había solicitado, tomó licencia de los reyes y les besó las manos. Estos le despidieron del modo más amable, haciendo votos por que tuviese feliz suceso en su viaje. Salió de Granada en nombre de la Santísima Trinidad—con esta invocación tenía costumbre de comenzar todo lo que hacía—el sábado 12 de mayo del susodicho año de 1492.

Se dirigió en seguida al monasterio de la Rá-

bida, en donde se hospedó hasta el día de la partida de la expedición. Quiso, ante todo, conducir a su hijo Diego a Córdoba, pero pudo excusar este viaje aceptando el ofrecimiento que le hizo un franciscano que iba a esta ciudad, de llevar en su compañía al niño.

Con el nombramiento de almirante y pertrechado de cédulas y órdenes reales, creyó que podía prescindir de Martín Alonso Pinzón. El 23 de mayo se personó en la iglesia de San Jorge de Palos, con un notario que en presencia de las autoridades, de los notables y del pueblo, leyó la carta de los Reyes Católicos ordenando a la villa que pusiera a disposición de Colón dos carabelas armadas y en término de diez días. Esta ceremonia no tuvo ninguna eficacia. Nadie se negó a obedecer, pero nadie, ni las autoridades, ni el gremio de armadores, ni el de pilotos, ni el de tripulantes, se presentó, ni dió un solo paso, para cumplir la orden real. Pasó un mes, al cabo del cual los Reyes Católicos expidieron una nueva cédula que dió por resultado la obtención de una carabela. Pero aunque le hubiesen sido facilitadas a Colón las otras dos, provistas de armas y víveres, no habría cambiado la situación. Se vió entonces lo que nosotros llamaríamos una huelga de los matriculados, una verdadera huelga de brazos caídos.

LA VERIDICA AVENTURA

El nuevo almirante tan bien recibido en todas partes hasta entonces, es antipático a los mareantes de Palos de Moguer y de los otros puertos andaluces inmediatos. Es un extranjero que acaba de ser promovido al más alto grado, que no alcanzaron los capitanes más expertos del país. A sus ojos no hay nada que justifique semejante favor. Ellos se han dado cuenta de lo que no han visto los sabios, los dignatarios de la Corte y los individuos de la Iglesia: el extranjero que quiere conducirles a los lugares más lejanos del mar Océano no es un navegante hábil. ¿Es por lo menos del oficio? ¿Cuál es el término de su viaje? No puede ser otro que la tierra firme del Asia, la isla de Cipango o la de Antilia; pero de todo ello habla en términos velados. Martín Alonso, que no toma parte en el viaje y con el que hubiese partido la gente de buen grado, había dicho que se iba primero a Antilia y después a Cipango. Pero una expedición portuguesa, en la que tomó parte el piloto Pero Vázquez se encontró detenida por un mar cubierto de algas y ovas.

—Yo estoy dispuesto a partir de nuevo y a afrontar aquel mar—dice Pero Vázquez a sus compañeros, que se reúnen en los muelles y en las tabernas—; pero no con el extranjero, que se engolfaría en él y no podría hacernos salir.

Nosotros tenemos excelentes navegantes en los que ponemos toda nuestra confianza y a los que servimos con la abnegación que merecen. Iremos adonde se quiera, hasta Cipango o hasta Catay, más lejanas que Antilia y San Brandán; pero iremos con los hermanos Pinzón o con Juan de la Cosa, ese famoso vizcaíno, amigo y copropietario de Martín Alonso. Los dos son dueños de uno de los navíos más hermosos que hay en nuestros puertos. Nosotros les conocemos y ellos nos conocen. ¡Pero con este genovés que no es nuestro compatriota, ni marino, que desembarcó aquí hace seis o siete años, vestido con un sayal, y del que no se sabe ni de dónde viene ni cómo ganó su título de almirante de Castilla, no, no y no!

—Sí—dice otro—, ¿cómo ha podido llegar a ser almirante sin navegar? Desde el día de su desembarco en Palos, del que yo me acuerdo, lo único que ha hecho es seguir a la Corte en todos sus viajes. Es un intrigante. Ha de haber conquistado a alguna gran señora, y por ella habrá obtenido cuanto se propuso.

—No entiende nada de nuestro arte—exclama Francisco Vallejo—. Ni aun sabe hacer uso del cuadrante. Además, es un hombre extraño, tiene visiones, ha encontrado sirenas en la costa de Guinea y quiere ir a buscar otras a Cipango

o a la Antilia. Si por lo menos las sirenas de que nos habla fueran mujeres hermosas... ¡Pero ni eso! Las sirenas que ha visto son hombres.

Los circunstantes se echaron a reír.

—Todo se ha perdido: el castillo de naipes se ha desbaratado. Para una larga expedición de descubrimiento, que, aún más que un viaje de comercio a puertos conocidos y próximos, exige marinos valerosos y abnegados, no se puede embarcar por fuerza un centenar de tripulantes. Colón se entrega a la desesperación. Es la primera vez que pierde el ánimo. Habla de acudir al rey de Francia, de quien no cesa de decir que ha recibido ofrecimientos. El Padre Juan Pérez le consuela y acaba por hallar medio de salvar la situación. Va a hacer una visita a Pinzón.

—Martín Alonso—le dice—, olvidad vuestras causas de queja contra D. Cristóbal Colón y partid con él. Es necesario, lo es por vuestro propio interés y por el de todos.

—¡Pero cómo!—exclama Martín Alonso—. ¿No es él quien, violando sus compromisos, quiere partir sin mí?

—El lo deplora. Si aceptáis, él mantendrá los acuerdos hechos anteriormente con vos. Cumplirá todas sus promesas...

—¡Un hombre que es incapaz de dirigir un navío! ¡Y pensar que a mi vuelta de Roma, des-

pués de haber visto los mapas del Vaticano y hablado con el cosmógrafo de Su Santidad, que me dió noticias que me convencieron, yo iba a partir con mis carabelas, mi familia, mis hombres, mi dinero para descubrir Antilia y su archipiélago—pues hay otras islas—sin pedir a Sus Altezas más que la autorización, su patronato y una justa parte en los beneficios!

—Pero hoy no podéis hacerlo ya. Sus Altezas no pueden daros lo que han otorgado ya a don Cristóbal, para los mismos parajes del mar Océano. ¡Marchad con él! Si él no es un buen navegante, vos seréis el verdadero jefe de la expedición y seréis recompensado a vuestro regreso. En fin, no hay que dejar que Antilia sea portuguesa. No olvidéis que hace seis años el rey de Portugal autorizó a Fernando Dulmo para ir a descubrir las tierras firmes y las islas que están al oeste de Madera y las Canarias, comprendiendo la de Antilia. El proyecto de ese portugués es idéntico al vuestro y al de Colón. Si Fernando Dulmo ha fracasado, como sus predecesores, otros podrán llevar la empresa a buen término.

Pinzón se dejó convencer y tuvo una entrevista con el almirante, que le renovó sus promesas en presencia del Padre Juan Pérez.

—Una de las razones—le dijo—de que los mari-

neros no tengan confianza en vos es que vos no tenéis confianza en ellos. No les decís francamente adónde queréis llevarlos.

—¿Hay necesidad—replicó Cristóbal Colón en tono altanero—de decir a los tripulantes cuál es el término del viaje? A ellos sólo les toca obedecer, y si en el transcurso del viaje se disgustan, siempre nos queda un medio para tranquilizarlos, que es el de hacerles creer que se les da satisfacción. Referiré lo que me aconteció cuando el rey Renato—¡a quien Dios tenga en gloria!—me envió a Túnez para apoderarme de la galeaza *Fernandina*. Estando ya por las alturas de la isla de San Pedro en Cerdeña, supe por un caramuzal levantino que la galeaza iba acompañada de dos navíos y una carraca. Al saberlo mi gente, se atemorizó y no quería continuar el viaje sin ir antes a Marsella para tomar otro navío y hombres de refuerzo. Viendo que no había otro medio para persuadir a la tripulación, aparenté que accedía a lo que se me había pedido, y, cambiando la dirección de la aguja imantada, hice vela al caer la noche. Al salir el sol nos encontramos frente a Cartago; la tripulación creía firmemente que nos encaminábamos a Marsella. Así, pues, si como me han asegurado, los marineros de Palos tienen miedo de ir a Antilia, por el mar de ovas y algas, que según Pero Váz-

quez de la Frontera, obstruye el camino, podéis decirles que vamos a otra parte y nos seguirán sin vacilar.

Pinzón se encogió de hombros ligeramente y guardó silencio. Después de esta conversación, dijo al Padre Juan Pérez, que le acompañaba fuera del monasterio:

—A fe mía, que voy creyendo justificada la mala opinión que tiene Francisco Vallejo del almirante. Es un embustero. ¿A quién podrá hacer creer que toda la tripulación cayó en esa trampa, y que, navegando de Norte a Sur, estuviera convencido de que navegaba de Sur a Norte, y que, a la vista de Cartago, creyera hallarse frente a Marsella? Tiene ideas que no pueden ocurrírsele nunca a un marino. Por ejemplo, la de reclutar tripulantes en las cárceles. Se dice que ha pedido autorización para ello a la reina. ¡Llevar forzados! Eso será bueno para remar en las galeras por el Mediterráneo, pero de ningún modo para una gran expedición de descubrimiento.

A pesar de sus malas impresiones y sus resentimientos, Martín Alonso se portó noble y generosamente. Concedió a Cristóbal Colón mucho más de lo que éste esperaba de él. El navío requisado, la Pinta, le pertenecía en parte. El Gobierno iba a requisar otros dos navíos, pertenecientes a otros armadores.

LA VERIDICA AVENTURA

—Es inútil recurrir a la fuerza—dijo—. Para una empresa como la nuestra debemos poner a nuestro lado todos los elementos que puedan contribuir al buen éxito. Necesitamos los mejores navíos del país. No hay otros superiores a la *Santa María* y a la *Niña*, que son propiedad de mi familia y de algunos amigos. Nosotros los cedemos voluntariamente, de acuerdo con Juan de la Cosa, que es quien tiene más intereses en la *Santa María*, y está decidido a partir con nosotros. Por otra parte, D. Cristóbal no tiene ya que preocuparse de la cuestión del dinero: yo aprontaré lo que sea necesario para completar los dos millones de maravedises necesarios para la expedición.

Así, pues, no sólo no hubiese partido la expedición de 1492 sin Martín Alonso Pinzón, sino que además, él tomó a su cargo la mayor parte de los gastos: su cuota excede a la de la Corona. La empresa así concebida y realizada no es una excepción en la epopeya formidable y magnífica del descubrimiento, de la conquista y de la organización de un inmenso continente; es regla general, con la única diferencia de que habrá otras empresas en las que el Tesoro público no intervendrá para nada. El descubrimiento del Nuevo Mundo no se realizó teatralmente en una fresca mañana del mes de octu-

bre de 1492; necesitó medio siglo de inauditos esfuerzos, de sufrimientos, de paciencia, de valor, de heroísmos y de genio. Los descubridores y los conquistadores no eran hambrientos aventureros, bandidos de camino real, «hartos de soportar su altiva miseria», huyendo «como halcones que dejan el natal carnerario» de su miserable país, para ir, equipados, mantenidos y pagados por el Estado, «a la conquista del metal fabuloso». El Estado no hizo otra cosa que presidir el descubrimiento y la conquista. Económicamente le hubiera sido imposible subvenir a los gastos que demandaban.

Supongamos que un general millonario, después de ponerse de acuerdo con las «Messageries maritimes», concluyen con el Estado francés un contrato ante notario, comprometiéndose a hacer la conquista de Marruecos por su cuenta y riesgo y por cuenta y riesgo también de la Compañía de Navegación. En caso de buen éxito el Estado se obliga a nombrarle gobernador general y a concederle ciertos beneficios, pero si fracasaba el héroe perdía lo gastado sin derecho ninguno a indemnización. Supongamos que otros contratos por el estilo (con variantes, por ejemplo, el Estado puede dar una subvención o facilitar un navío) se estipulen con otros generales ricos y con otros armadores o capita-

nes de la Marina mercante, para la conquista de otros grandes territorios africanos. He aquí un inmenso imperio, conquistado y organizado sin gastos, o a muy poca costa, para el Erario de la República.

De esta manera se hicieron los descubrimientos y las conquistas españolas por empresas privadas, por armadores y ricos señores. Los archivos americanos y el de Sevilla están llenos de pruebas. Así, pues, en la geneología de un solo americano del primer cuarto del siglo XIX, Bolívar, se encuentran diez capitanes conquistadores que fueron a América por su cuenta, que reclutaron, equiparon soldados e hicieron la guerra a sus expensas, que construyeron puertos y caminos y fundaron ciudades con su propio peculio. Unos, conquistaron gloria y aumentaron su fortuna; otros, se arruinaron magníficamente. Era natural que en pos de ellos fueran, como pasa en todas las empresas coloniales, aventureros de baja estofa, gente perdida y una turba de explotadores.

El descubrimiento y la conquista fueron obras esencialmente nacionales y populares, porque el pueblo tomó parte en ellas, voluntariamente, sin que hubiese necesidad de recurrir a nuestros métodos de reclutamiento forzoso, o sea de servicio militar y marítimo obligatorio. Por esta

razón un historiador ha creído de justicia calificarlas como empresas democráticas.

El desventurado Pinzón—impíamente denigrado y ultrajado por la Historia, a fin de elevar hasta las nubes el pedestal de Colón—es él primero en el tiempo de los grandes patricios del mar que dieron el impulso.

Apenas el Padre Juan Pérez volvió a ponerle de acuerdo con el almirante, se dirigió a los puertos de Palos y Moguer, y luego a Huelva, se mezcló en los grupos de gente marinera, buscándola hasta en las tabernas y habló en términos que, con la autoridad y prestigio de que gozaba, habrían acabado de decidir a los reacios, si hubiese habido todavía alguna duda:

—Amigos—les decía, según refiere uno de ellos, que repitió sus palabras en uno de los pleitos—, amigos, venid acá, partid con nosotros para este viaje, pues si la fama no miente encontraremos casas con tejados de oro y todos volveréis ricos.

Les prometía, pues, llevarles hasta el famoso Cipango. Por este medio obtuvo el almirante D. Cristóbal Colón en pocos días lo que le habían negado a él y a la reina de Castilla durante más de un mes, y que, por sí mismo, no hubiese obtenido jamás.

Las tres carabelas que pertencían a los Pinzo-

LA VERIDICA AVENTURA

nes, o de los que eran accionistas (participantes como se decía entonces) eran la *Santa María*, que medía 34 metros 10; la *Pinta*, 17 metros 80, y la *Niña*, 17 metros 10. Todas tenían puentes, tres mástiles, velamen latino cuadrado y estaban armadas. La tripulación total era de noventa hombres. Hallábase, además, a bordo un personal compuesto por el doctor García Hernández, médico de los marinos y de los frailes de Palos, un cirujano, un carpintero, un tonelero, un metalúrgico, un intérprete—el judío Luis de Torres, que sabía el hebreo, el griego, el latín, el árabe, el copto y el armenio, intérprete que iba para el caso de que se surgiese en Cipango o en el reino del Gran Kan—, un contador de la Corona, un notario real, y algunos criados: en conjunto, treinta personas.

El almirante embarcó en la *Santa María*, de la que era capitán el navegante y cosmógrafo Juan de la Cosa. La *Pinta* fué mandada por Martín Alonso Pinzón, que tomó como primer piloto a su hermano Francisco Martín, y la *Niña* tuvo por capitán a Vicente Yáñez Pinzón, el más joven de los tres hermanos. Otros tres miembros de la familia Pinzón se embarcaron también: Diego Martín, el viejo; su hijo Bartolomé Martín, Francisco Martín y Arias Martín y con ellos, Diego de Arana, pariente de Bea-

Enríquez; Juan Bermúdez y ocho miembros de la gran familia de los Niño, navegantes de Moguer. El personal de la oficialidad y de los marineros era selecto. Cuatro de los jefes, Juan Bermúdez, Juan de la Cosa y los dos hermanos de Martín Alonso, se hicieron notables después por sus propios viajes de descubrimiento y sus nombres figurarán en el Panteón de España. Sacrificado por el destino, sacrificado por la posteridad, engañado, Martín Alonso, el animador de la empresa, que les hubiera igualado o sobrepasado, morirá a la vuelta de la primera expedición.

Entre estos noventa hombres del arte de marear, simples marineros u oficiales, no se hallaba ni uno solo de los forzados, ni uno sólo de los condenados de derecho común, ni uno sólo de los hombres perseguidos por la justicia, con que la historia y la poesía formaron la tripulación del almirante descubridor a fin de ensalzar románticamente la faz inmaculada de éste, su genio puro y su gloria sobre un calvario al pie del cual hierve y ruge la más vil de las chusmas.

Son noventa en total. Y aun el número forman muchos que van allí por huir de la sombra conducidos con grillos al destino glorioso.

...Pues que a partir se niegan los honrados

marinos buscamos compañeros en gente de presidio.

La misma historia y la misma poesía embarcan al descubridor y a su tripulación de galeotes en malos navíos que sólo por milagro se sostienen sobre el mar. Son «barcos costeros», «o barcas ligeras» o grandes chalupas»; la *Santa María* es «vieja», la *Niña*, diminuta, no tiene «puente en el centro», y la pobre *Pinta* carece de «combés en la popa». Esto se dice para buscar la antítesis, que se cree poética, entre la pobreza de los medios y la grandeza de los resultados y para exaltar a Colón, pues la concepción romántica del héroe requiere que éste se halle siempre rodeado de dificultades y obstáculos opuestos por sus contemporáneos imbéciles o malvados. Y no se dan cuenta los que tal hacen de que, en lugar de engrandecer a Colón, lo deshonoran—y él no merece en este caso tal injuria—pues un almirante que partiese con tan malos barcos para un viaje semejante, cuyos peligros habían hecho retroceder a otros, sería un criminal o un loco. Loca o criminal también hubiese sido la reina que hubiese mandado la empresa a un fracaso seguro y a los hombres a la muerte.

Sin embargo, a la vuelta de la expedición, Colón mismo escribió que los navíos eran bue-

nos «muy a propósito para tal empresa», y un especialista del arte naval, A. Jal, ha deducido lo que sigue del estudio de documentos de la época:

«Puede concluirse que los navíos eran poco más o menos de la importancia de un *brick* de guerra moderno de doce a diez y seis cañones; que eran buenos, sólidos y apropiados para la empresa que el piadoso genovés quería llevar a cabo; que no eran malos veleros; en fin, que no se parecían en nada a esas infames barcas sin puentes, averiadas, y, por decirlo así, desprovistos de todo, que la imaginación de algunos biógrafos ha creado.»



A fines del mes de julio la flota estaba dispuesta para emprender la gran aventura.

Desde el 3 de agosto de 1492, fecha de la partida de las tres carabelas del puerto de Palos, hasta el desembarco, el 12 de octubre, en una isla desconocida, el almirante Colón ha llevado su diario regularmente. Por desgracia, el texto íntegro se ha perdido y no tenemos más que un

resumen compuesto por Las Casas que contiene lo esencial. Está bastante pormenorizado, y da numerosas citas textuales. Singular diario, único en los anales de la navegación, no solamente porque es el relato de uno de los más grandes sucesos de la historia universal, sino también porque el descubridor ha puesto en él, junto a algunas buenas observaciones de profesional, torpezas de aficionado, una imaginación de soñador, mentiras, *bluff* y una sobria y encantadora poesía.

Porque este embaucador y misterioso Cristóbal Colón, tan antipático a ratos, es un admirable poeta que, después de haber puesto su poesía en un diario de a bordo, hará del relato de sus exploraciones, que está incorporado a él y que, en suma, es un informe oficial al Gobierno, una maravillosa epopeya de aventuras, muchas de cuyas páginas soportan la comparación con la *Odisea*. Clásico en su principio, por la sobriedad y elegancia, se torna luego en prerromántico, sin dejar de ser admirable; un precursor de Juan Jacobo Rousseau y de Chateaubriand, hasta el día en que, sucumbiendo al peso de las desilusiones que han herido su orgullo, empieza a obrar y a escribir como un poseído, y cae en las extravagancias de un vociferador hebreo que adapta la Biblia a sus pasiones

personales; pero sus quejas son siempre las de un poeta.

Y es cosa curiosa que sólo dos escritores, ambos de muy gran autoridad, se hayan dado cuenta de que las cualidades que dominan en el descubridor y las que dirigen su vida y sus actos, son las de la imaginación y la poesía: Alejandro Humboldt y Carlos Pereyra. Ante este último, que ha penetrado más profundamente en su psicología y que se muestra de una implacable severidad con el hombre y el navegante, el poeta encuentra gracia y admiración. Sin embargo, antes que ellos, Lope de Vega había proyectado un rayo de luz sobre las sombras de esta alma atormentada cuando, en su drama *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, había personificado y puesto en escena a la *Imaginación* de Colón:

Imaginación.—¿Qué es lo que piensas, Colón,
que el compás doblas y juntas?

Colón.—¿Quién eres que lo preguntas?

Imag.—Tu propia imaginación...

Colón.—Pienso que el que es pobre y sabio
muere en el mundo sin fama.

Imag.—Ya de la que a ti te llama
rompe la trompeta el labio.

Colón.—Quiero volverme a mi tierra;

que no hallo en nadie favor.

Imag.—España te ofrece honor
en acabando la guerra.

Colón.—La de mis desdichas sigo:
déjame ir a descansar.

Imag.—Ya no te puedo dejar;
que te he de llevar conmigo.

Colón.—¿Adónde quieres llevarme?

Imag.—Asete a mí fuertemente (1).

Estas últimas palabras lo resumen todo: Colón es el hombre que se aferra fuertemente no a la razón, ni a la verdad, sino a su imaginación, desbocada y soberana.

En el alba de aquel hermoso día de verano andaluz en que las tres elegantes y robustas carabelas van a llevar hacia las islas paradisíacas, ensoñadas por la Edad Media cristiana, el destino de España y el del tejedor genovés, la imaginación de éste está llena de gozo y de ilimitadas esperanzas.

«Partimos—dice el Diario—viernes, tres días de agosto de 1492 años de la barra de Saltes, a las ocho horas; anduvimos con fuerte virazón hasta la puesta del sol, hacia el sur 60 millas,

(1) *La Famosa Comedia de El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Acto I. (Obras de Lope de Vega publicadas por la R. A. E., tomo XI, pág. 350 y 351.)

que son 15 leguas; después, al sudueste y al sur cuarta del sudueste, que era camino para las Canarias.»

En efecto, en lugar de tomar inmediatamente la vía del oeste, como hubiera debido hacer, si, como quiere la leyenda, su objeto era el de «buscar el levante por el camino del poniente», primero va a Canarias, es decir, hacia el sur, para tomar en la isla de la Gomera el grado 28 del paralelo norte, del que procurará no separarse sensiblemente hasta el 25 de septiembre, pues en este grado de latitud se encuentra—está seguro de ello—la isla que quiere descubrir. Sin embargo, en los portulanos de la época. Antilia está señalada hacia el grado 40. Pero se encontraba en el grado 28 en el mapa de Colón, que había sido compuesto en la Rábida, según las indicaciones que tenía de Alonso Sánchez y que eran inexactas en cuanto al paralelo y a la distancia.

Poco antes de la salida de la expedición, el cosmógrafo Martín de Behaim había rectificado los portulanos y colocado Antilia hacia el grado 23 de latitud norte; estaba, pues, más cercano de la realidad, si, como es probable, Antilia es Haití. La carta que Pinzón había traído del Vaticano era ciertamente más exacta que la de Colón, y tal vez más que la de Behaim, pues fué él quien, guiándose por ella, puso como ve-

remos, la pequeña flota en el camino de las Antillas, cuando Colón había perdido la esperanza de encontrarlas.

Por otra parte, el almirante sabe tan bien adónde va, que señala por adelantado el término de su viaje a una distancia de 700 a 750 leguas. Así lo dice a su tripulación en las instrucciones que le dió antes de la salida de Canarias; el documento se ha perdido, pero nosotros sabemos por su hijo Fernando que el almirante pidió a los marineros que velasen con cuidado en la ejecución de sus órdenes en lo concerniente a este extremo y que les recordó que sabían muy bien que, en el primer artículo de las instrucciones que había dado a cada navío, en las Canarias, les recomendaba que, después de haber navegado a poniente 750 leguas sin encontrar tierras, se abstuviesen de navegar entre la media noche y amanecer. Esta recomendación sería incomprensible si las Indias asiáticas hubieran sido el fin de su viaje.

Permanecen tres semanas en Canarias, en donde se repara el timón de la *Pinta*, que se había roto, y se cambian las velas triangulares de la *Niña* por velas cuadradas. La flota parte de la Gomera el 6 de septiembre; esta es la verdadera fecha de partida hacia lo desconocido; de Palos a las Canarias habían navegado por aguas sur-

cadadas de navíos españoles. Tres días después dice el resumen del Diario:

«Anduvo aquel día 19 leguas, y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente.» Y en adelante, casi a diario, disminuye en el registro de a bordo el número de leguas recorridas.

Hasta el fin de siglo XIX los historiadores han registrado esta superchería sin comentarla, o manifestando ante ella una cándida admiración: fué «prudencia». Pero, ¿era esto posible? En primer lugar no es costumbre que el almirante haga el cómputo diario, y Colón no podía pensar en ser una excepción, careciendo, como carecía de técnica en el arte de marear y no pudiendo ignorar su propia falta de habilidad. Por otra parte, no hubiera podido engañar así cada día a sus subalternos. Además, no es de creer que los capitanes de la *Pinta* y la *Niña* se hubiesen entregado a la misma superchería. Finalmente, estas cifras falsas hubieran impedido a los pilotos obedecer las instrucciones, según las cuales debían abstenerse de navegar de noche después de las 750 leguas. ¿La «prudencia» del almirante no será, en suma, sino una inconsecuencia y una inútil astucia más de un hombre inexperto que ha creído siempre que

podía engañar fácilmente a las gentes del oficio, sin conseguirlo jamás?

El jueves 13 del mismo mes, es una fecha notable para la ciencia náutica; por primera vez Colón observa la variación magnética. En lugar de dirigirse hacia la estrella polar, la aguja de la brújula se inclina hacia el noroeste. «En este día, al comienzo de la noche, las agujas noruesteaban, y a la mañana noruesteaban algún tanto.» Algunos días después, el fenómeno se repite y él nos da una explicación: «Tomaron los pilotos el norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué. Conociólo el Almirante, mandó que tornasen a marcar el norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas; la causa fué porque la estrella parece que hace movimiento, y no las agujas.»

Se halla en el mar de los Trópicos, bogando en plena poesía. En la noche del 15 de septiembre, un bólido atraviesa el cielo y desaparece en el horizonte. Fenómeno frecuente y sin ninguna importancia en la navegación, ningún diario de a bordo lo ha mencionado ni lo mencionará nunca. Mas el almirante, extasiado ya ante la belleza de las mañanas, aspira a esplendores vesperales; su imaginación transforma el aero-

quito, agranda su delgada línea de luz y escribe con una magnífica y poética imprecisión:

«Navegó aquel día con su noche 27 leguas, su camino al oeste, y algunas más y en esta noche, al principio della, vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas.»

¡Qué lástima que Las Casas, tan poco poeta, no nos haya dejado más que fragmentos de las fantasías colombinas!

¡Y cómo el almirante hubiera podido ser insensible a esta poesía, cómo hubiera podido pasarle en silencio en este diario que la reina tenía que leer en compañía de su encantadora amiga la marquesa de Moya!

«16 de septiembre.—...dice aquí el Almirante, que hoy y siempre, de allí adelante, hallaron aires temperantísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él, y era el tiempo como abril en el Andalucía.

18 de septiembre.—...levaba todos estos días mar muy bonanza, como en el río de Sevilla.

29 de septiembre.—...los aires eran muy dulces y sabrosos, que dizque no faltaba sino oír al ruiseñor, y la mar, llana como un río.

8 de octubre.—...tuvieron la mar como el río de Sevilla. ¡Gracias a Dios!—dice el Almirante

te—, los aires muy dulces, como en abril en Sevilla, ques placer estar a ellos; tan olorosos son.»

Esto no es poesía resumida por un fraile prosaico que no ha contemplado nunca la naturaleza ni escuchado el canto de un ruiseñor, y, a pesar de todo, nos sentimos penetrados de lo poco que se nos deja adivinar. El canto de los ruiseñores de que el almirante siente nostalgia, el aire perfumado, Sevilla y Andalucía, son estribillos que, como hemos visto, se repiten muchas veces en el Diario.

Lo que añade algo de conmovedor al encanto de esta poesía es que realiza la expresión misma de los sentimientos de las gentes de la tripulación. Aquellos hombres fuertes son realistas, de acción, que nada tienen de letrados y en su mayoría ignorantes, se aproximan ya a la meta. Mensajeros que pronto veremos balancearse sobre sus cabezas, dicen que la tierra desconocida ya no está lejos. ¿En qué piensan? ¿Qué es lo que fantasea el sueño de los conquistadores de oro que saben, o creen saber, que la tierra del oro está muy cerca? Se enternecen con la dulzura y los perfumes del aire y con la calma del Océano que les recuerdan el ambiente de Andalucía y la desembocadura del Guadalquivir. ¡Sólo echan de menos el canto del ruise-

ñor! ¿Quién se atrevería a afirmar que Colón, con expresión tan sencilla, sin rebusca de efectos de estilo, sin chasquido de palabras raras, al traducir su emoción y la de los tripulantes, no es más humano, más universal, que el poeta de la escuela parnasiana?

«Sus sueños—dice éste—estaban llenos del brillo de las fosforescencias que le recordaban el fabuloso metal ambicionado.»

—¡No!—dice el almirante—; nosotros soñábamos en un ruiseñor cantando.

Vivía entonces en la corte de Castilla un humanista italiano, Pedro Mártir de Anglería, cuyas cartas a sus amigos de Italia constituyen un verdadero «diario de información» de los acontecimientos, grandes y pequeños de que era testigo o de que oía hablar. Amigo de Colón, de Cortés y de algunos otros descubridores o conquistadores, no se contentaban sólo con los relatos que obtenía de ellos, sino que interrogaba también a los marinos. Era lo que se llama hoy un buen repórter; y también un historiador. Unos y otros le hablan de su nostálgico deseo, en pleno Océano, de un canto de pájaro, de su alegría al oírlo en una ribera, y escribe: «Bajando algunas islas, oyeron, en noviembre, unos ruiseñores cantando en espesos bosques».

Pero el recuerdo de Andalucía y del Guadal-

LA VERIDICA AVENTURA

quivir, envuelto de una añoranza de, expresión contenida, no basta abriarnos el alma, a la vez tierna y viril, de los descubridores. Es una mirada hacia atrás. Nos falta la mirada y la marcha hacia adelante de los hombres intrépidos que han desafiado toda suerte de sufrimientos y la misma muerte. Después del recuerdo de la tierra, de las aguas y del aire de la patria, es menester una señal que conduzca a la meta o muestre su camino. Colón tiene primeramente una señal que le engaña: la vegetación del mar de los Sargazos que franquea; estas plantas, que no existen en los otros mares, cree que vienen de una tierra vecina, arrastrados por la corriente de un río. ¡La decepción no tarda! Pero he aquí la mensajera que no engaña. Una blanca paloma—¡oh, Colón, hijo de Colombo!—vuela sobre el navío. ¿De dónde puede venir sino de una ribera próxima? A medida que el navío avanza, las palomas y otros pájaros van a bandadas delante de las carabelas; las rodean, entran en ellas, marineros y pilotos cogen algunas al vuelo y comprueban—como entendidos—que son pájaros de río. «¡Gracias a Dios!», exclama el almirante.

Las carabelas van más ligeras, más rápidas, como si las alas de las palomas hinchasen y empujasen las velas, o como si éstas fuesen alas

de grandes seres vivos. Los tres capitanes luchan en rapidez. El movimiento, el gozo estremecido que hay en el aire se percibe hasta en el seco resumen de Las Casas:

«18 de septiembre.—Este día Martín Alonso, con la *Pinta*, que era gran velera, no esperó, porque dijo al almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia el Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra, y por eso andaba tanto.»

La víspera había escrito Colón: «Espero en aquel alto Dios en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra».

El 9 de octubre escribe: «Toda la noche oyeron pasar pájaros».

¡Qué noche! «favorecida de sublimes palomas», y qué final para un soneto sobre los conquistadores que no fuese parnasiano!

Volvamos a los días anteriores, fértiles en acontecimientos.

El 19 de septiembre, señales cada vez más numerosas les hacen creer que están cerca de tierra. Pero como no se hallan más que a cuatrocientas leguas de las Canarias, no pueden ser las que Colón busca. El las desdeña:

—El tiempo es bueno—dice—; todo lo veremos a la vuelta.

A la vuelta de Antilia. Para Martín Alonso al

LA VERIDICA AVENTURA

regreso de Cipango. Aquellas tierras eran unos rompientes que no fueron descubiertos hasta 1808.

El 23 de septiembre «vieron una tórtola, y un alcatraz, y otro pajarito de río y otras aves blancas. Las hierbas eran muchas, y hallaban cangrejos en ellas, y como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente, diciendo que pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España; pero después alzóse mucho la mar, y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: Así, que muy necesario me fué la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo, de los judíos, cuando salieron de Egipto contra Moysén, que los sacaba de captiverio.»

Las Casas cita textualmente estas palabras del almirante: «El orgullo bíblico acaba de hacer su aparición. En la historia del mundo el mar no se ha levantado de esta manera providencial sino dos veces: ¡para Moisés y para Colón! Pero esto no es nada aún.

El 21 «el almirante conversaba con Martín Alonso Pinzón acerca de un mapa que había enviado hacía tres días a este último, a su carabela, y en el que parece que había representadas ciertas islas en aquel mar. Martín Alonso decía que se hallaban en los mismos parajes y el Almirante respondía que él lo creía también.

pero que, no habiendo encontrado aún las islas, era sin duda porque las corrientes habían arrojado los barcos hacia el noroeste y que no habían hecho tanto camino como decían los pilotos; y con esto el almirante le dijo que le devolviera dicha carta; y, después que Pinzón se lo hubo echado con una cuerda, se puso a marcarla con su piloto y algunos de sus marinos.

¡Qué bien prueba este pequeño incidente, después de otros tantos hechos, que Colón buscaba islas—siguiendo, por lo demás, su contrato con los Reyes Católicos—y no las Indias de Asia, «¡el lavante por el poniente!» El mismo día hay una falsa alarma, una falsa alegría: creen descubrir la tierra.

Cuando el sol se hubo puesto, Martín Alonso subió a la popa de su navío, y, con un gran impulso de alegría, llamó al almirante dándole a gritos la buena nueva y diciéndole que compartiese su regocijo porque él veía tierra. Cuando el almirante le oyó repetir esta noticia con un tono tan firme, dice él mismo que se echó de rodillas al suelo para dar gracias al Señor. Martín Alonso cantaba el *Gloria in excelsis Deo* con su tripulación; la del almirante hizo otro tanto, y las gentes de la *Niña* subieron todos al palo de cofa y a las jarcias. Todos aseguraban que la tierra estaba a la vista.

El 1 de octubre se hallan a 707 leguas de Canarias; pero el piloto del almirante dice, «con el acento del temor» que no están más que a 578; y Colón hace creer a su tripulación que la distancia recorrida es de 584 leguas. ¡Qué inverosimilitud!

En varias ocasiones habla Colón de la inquietud, de las murmuraciones y del descontento de su tripulación. Ese estado de espíritu existía desde los primeros días de viaje, pero sólo abordó se la *Santa María*. En las otras carabelas no dejó de reinar una disciplina perfecta desde el instante de la partida hasta la hora del desembarco en una ribera desconocida. Esto era debido a que la marinería confiaba de un modo absoluto en Martín Alonso y en su hermano, y seguía recelosa de Cristóba Colón, que carecía de autoridad porque carecía de experiencia y de ciencia náutica, y porque, además, no tenía dotes de mando. La expedición partió, gracias a Martín Alonso, y sin él el almirante se hubiera visto forzado a desandar el camino. El es el verdadero jefe de la flota, aunque no tenga este título, y lo hace ver cuando la tripulación de la *Santa María* está a punto de amotinarse, mientras las de la *Niña* y la *Pinta* continuaban obedeciendo sin la menor murmuración.

Este acontecimiento se produjo el 6 de octu-

bre. En esta fecha el Diario no dice ni una sola palabra. En la del 10 se encuentran estas líneas: «Aquí la gente ya no lo podría sufrir: quejábase del largo viaje; pero el almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buenas esperanzas de los provechos que podrían haber». De estas dos frases es de donde ha nacido la leyenda de Colón apaciguando a los marineros que querían echarlo al mar, con la promesa de descubrir América dentro de tres días:

—¡Tres días—dice Colón—y luego os daré un mundo!

En suma: el almirante atenúa la gravedad de este episodio porque limitado a su propio navío no es muy honorífico para él.

La fecha del 6 de octubre ha sido fijada en uno de los pleitos por Francisco Vallejo—aquel que desde la mañana de la llegada de Colón a Palos había tenido motivos para desconfiar de él, y se había embarcado, como los demás, por seguir a Martín Alonso. Otros marineros hicieron una declaración análoga a la suya. Resulta que los hombres de la *Santa María* querían obligar a Colón a volver a España, y que los murmullos crecían, transformándose en amenazas. La víspera se había pasado el límite de las 750 leguas a cuyo término debían encontrar las islas. Colón, tanto más desconcertado cuanto

que no había tenido ninguna duda acerca de la exactitud de la cifra dada por Alonso Sánchez, y asustado por la indisciplina de los marineros tiene un desfallecimiento de voluntad. ¿Será necesario abandonar la gran aventura y volver atrás como tantos otros que han buscado la isla engañosa de las Siete Ciudades y no la han encontrado? Consulta a Martín Alonso con quien puede hablar esforzando la voz; los tres navíos se acercan todo lo posible para la conferencia.

—Ved lo que pasa—le dice—. ¿Qué os parece que debemos hacer? Hemos andado mucho y no hallamos tierra alguna.

—Señor—le respondió Martín Alonso—. Hemos venido aquí para servir a Dios y la reina. No volveremos atrás en tanto que no hallemos tierra. ¡Antes morir!

—Estos hombres me inquietan, os digo; y hemos pasado de las 750 leguas.

—Cipango está mucho más lejos, ¿y qué?

Colón toma entonces consejo de Vicente Yáñez Pinzón.

—Vayamos hasta las 2.000 leguas—le responde éste—, y si no encontramos tierra, podemos entonces volver sobre nuestros pasos.

El almirante se vuelve del lado de la *Pinta*, y continúa la conversación con Martín Alonso:

—¡Cómo, señor—le dice éste—, apenas hemos

salido de Palos y ya estáis desanimado! Adelante, señor, y Dios nos dará la victoria y nos hará descubrir la tierra. ¡No quiera Dios que tengamos la vergüenza de volvernos atrás.

—Pero ¿y si la tripulación no quiere proseguir el viaje?

—Aquí todo va bien; nuestra gente obedece como de costumbre. Si no sucede otro tanto ahí, os ruego que colguéis a media docena y los echéis luego al agua; y, si no os atrevéis a hacerlo, pasaremos mis hermanos y yo, y lo haremos. Una flota que salió con encargo de reyes tan grandes como los nuestros no volverá sin llevar buenas nuevas.

Martín Alonso había pronunciado estas amenazas con el tono irónico y bromista que es uno de los rasgos del carácter andaluz, y Colón, que no sabía sonreír, se engañaría. El gran armador de Palos sabía que no tendría necesidad de echar a nadie al agua. Los marineros de la *Santa María* han oído la voz del verdadero jefe a cuya suerte se han ligado. Obedecen; todo vuelve a estar en orden. Y así fué como, según dice Francisco Vallejo, por causa de Martín Alonso, se prosiguió el viaje.

Un hecho considerable se produce en la noche de aquel mismo día tan lleno de acontecimientos. Literalmente Colón, decepcionado, no

sabe ya adónde ir. Consulta a Martín Alonso. ¿Debe continuarse por el mismo paralelo 28 grados?

—No—responde Pinzón—; mi opinión es que nos dirijamos hacia el sudoeste, porque encontraremos una tierra más próxima. Fieimos en la carta del cosmógrafo del Padre Santo.

—Sea; hagámoslo—dice Colón.

Pero aun estuvo dudando toda la noche, pues era de opinión que, si se apartaban del camino no podrían tomar tierra tan pronto. No se decidió hasta el atardecer del día siguiente, cuando vió una gran muchedumbre de pájaros volar del norte al noroeste, lo que podía hacer creer que iban a pasar la noche en tierra. Así tomó el camino que Martín Alonso y los pájaros le habían indicado y en el que, dentro de cuatro días, encontrará tierra. La declaración de Francisco Vallejo da los detalles de estas últimas jornadas.

Después de haberse resuelto el cambiar de rumbo, se vieron pasar grajaos y papagayos, y Martín Alonso pensó que las carabelas navegaban entre dos tierras y que estos pájaros no pasaban sin motivo. El 10 de octubre, el piloto Pedro Nino habló con el Almirante y le dijo:

—Sería bueno aminorar la marcha esta noche, porque, según las indicaciones de vuestro

libro, nos encontramos a 16 leguas de tierra, o a 20 cuando más.

¿Qué libro? Sin duda algún portulano de Martín Alonso, puesto que es él quien está en lo cierto y que se siguen sus indicaciones desde la mañana del 7.

Esto alegró mucho al almirante, que le dijo diese parte de ello al piloto de la *Pinta*.

En la noche del mismo día hizo luna, y un marino que se llamaba Juan Rodríguez Bermejo, avencindado en Molinos, en la campiña de Sevilla, y que formaba parte de la tripulación del navío de Martín Alonso Pinzón, vió a la claridad de la luna una lengua blanca de arena, y, levantando los ojos, vió la tierra. En seguida soltó un tiro de bombardas, gritando: «¡Tierra! ¡Tierra!» Dos horas después de media noche la flota no estaba más que a dos leguas de ella; recogieron las velas y se quedaron al paio para esperar al día. Los descubridores estaban en presencia de una pequeña isla del archipiélago de las Lucayas, a la que los indígenas daban el nombre de Guanahaní y que Colón llamó San Salvador. Desembarcaron en ella el viernes 12 de octubre de 1492.

El Almirante—dice el resumen de Las Casas—fué a tierra en la barca armada, con Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez; tomó en la

mano el pendón real y los dos capitanes cada uno una bandera con cruz verde, que el almirante llevaba en cada embarcación como señal de reconocimiento. Llegados a tierra vieron unos árboles muy verdes, mucha agua y frutos de diversas especies. El almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que habían bajado a tierra, y a Rodrigo Descovedo, escribano de toda la flota, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y les dijo que les llamaba en fe y testimonio de que delante de todos ellos tomaba posesión de dicha isla, como de hecho tomaba posesión, en nombre del Rey y de la Reina, sus señores, haciendo las protestas de derecho, según el detalle contenido en las actas que se levantaron por escrito.

En la continuación de su Diario, que es más bien relato de la exploración, o «visita» de las islas descubiertas, Colón se dirige a los Reyes Católicos. Las citas textuales que da Las Casas son, por fortuna, más numerosas y bastante más largas, y así ha conservado la mayor parte de las páginas dedicadas a los indígenas. El primer contacto se efectuó inmediatamente después del desembarco. Algunos naturales, que habían asistido desde lejos a la ceremonia de la toma de posesión se animaron y se acercaron más.

«Yo (dice él), porque nos tuviesen mucha

amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y se convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrios, que se ponían al pescuezo, y otras muchas cosas de poco valor, con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nós estábamos, nadando, y nos traían papagayos, y hilo de algodón en ovillos, y azagallas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nós les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles...

»Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré al tiempo de mi partida seis a V. A. para que deprendan hablar.»

Pronto volveremos al retrato que hace de estos salvajes y hablaremos sobre el cuadro de sus costumbres. En cambio de los regalos que les hacen, los salvajes no pueden ofrecer más que loritos y ovillos de algodón. Pero un adorno que algunos llevan le da un instante de emoción: es «un pedazuelo de oro colgado de un agujero

que tienen a la nariz.» ¿Habrá minas de oro en la isla? Les interroga; no comprende una palabra de su lengua; pero sus ademanes son bastante elocuentes, y la imaginación del Almirante completa la información:

«Por señas pude entender que yendo al sur, o volviendo la isla por el sur, que estaba all  un rey que ten  grandes vasos dello, y ten  muy mucho.» Se estremece.  Aqu l país del oro, aquella isla vecina, será por ventura Cipango? Puesto que cree haber dejado atrás Antilia, doscientas o trescienta leguas, hace suyo el proyecto de Martín Alonso y pretende en seguida haber llegado a la meta: Cipango, Catay y el reino del Gran Kan no pueden estar lejos. El mar O c ano, que separa a Europa de Asia no es muy ancho, en efecto. Las aguas no cubren sino una séptima parte del mundo. Esta no es la opinión de todos los sabios de su tiempo, ni la de Martín Alonso y Juan de la Cosa; pero a Colón no se le quitar  nunca esa idea de la cabeza. Su geografía es inmutable como un dogma de la Iglesia, como un teorema de geometría y ninguna lección, ni aun la de su propia experiencia, le obligará a modificarla. Es necesario dejar en seguida esta pequeña isla habitada por salvajes desnudos, que viven en pobres cabañas y que no produce más que algodón y loritos. No es que

sienta desdén por estos animales: son muy pintorescos, llevará algunos para divertir a la reina, a las damas y a los grandes señores de la Corte. Pero él quiere oro, sobre todo; mucho oro, piedras preciosas, especies y aromas.

Antes de abandonar San Salvador, le da la vuelta en barca. De golpe su imaginación se encabrita y él se aferra con fuerza a ella. ¡No, no puede haber venido de tan lejos para recibir tal decepción! Todas las islas del Occidente son tierras afortunadas, hace siglos que los poetas lo dicen así. Colón, que es poeta, no puede desmentirlos. Desde la costa ve huertas, y escribe: «Huertas de árboles, las más hermosas que yo ví, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua.»

Esto ya es algo. Pero lo que importa es precisar la posición de la isla. El descubridor de una tierra, un simple navegante que encuentra una isla desconocida, determina con sus instrumentos la longitud y latitud y señala su lugar exacto en un mapa. Sin embargo, Colón, que es un aficionado, no sabe hacerlo, como los hermanos Pinzón y Juan de la Cosa, gran mareante. Podría pedirle a uno de ellos que practicara la operación; pero él no piensa en ello o no quiere que se haga. Además, ¿para qué? Nada vale tan-

to como una de esas descripciones poéticas en que sobresale. La isla que ha descubierto no puede ser una isla como las demás, ni siquiera comparable a las Canarias y a las Azores; ya sus huertas son las más hermosas del mundo. He aquí algo definitivo. Es menester aun darle una fisonomía original para satisfacción del poeta y solaz de la Reina. Escribe:

«Yo temía de ver una gran restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor, y entre medias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad, y la entrada dello muy angosta. Es verdad que dentro desta cinta hay algunas bajas; mas la mar no se mueve más que dentro de un pozo.»

Y ahora, sabios escrupulosos, especialistas meticulosos de la ciencia náutica y de la geografía, marinos, cartógrafos, cosmógrafos y profesores, hombres de prosa, podéis durante más de cuatrocientos años—y es lo que haréis—y hasta el fin de los siglos, estudiar, empleando semanas y meses, en el mismo terreno, la topografía de las Lucayas, una por una. No encontraréis una que posea este puerto grandioso, que esté rodeada enteramente por esa restinga, grande o pequeña. San Salvador será siempre uno de los misterios de la historia. Para celebrar dignamente el cuarto Centenario del Descubrimien-

to y tener un fructuoso anuncio, un diario de Chicago mandó erigir, con gran ceremonia, un monumento conmemorativo en una de las islas, tomada al azar. Otras diez han protestado, y cada una de ellas tenía partidarios en Europa y en América. A ninguna da más razón que a las otras. San Salvador no existe sino en la imaginación del Almirante; su nombre no se ha podido poner en los mapas. Los contemporáneos fueron burlados como la posteridad.

Después de haber creado así su primera isla, el poeta abarca de una mirada la vasta extensión del Océano, y escribe a la reina:

«Yo miré todo aquel puerto, y después me volví a la nao, y di la vela, y vide tantas islas, que yo no sabía determinarme a cuál iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y anombraron por su nombre, más de cien.»

Las Lucayas son una treintena.

El almirante abarca un centenar de una sola mirada. Si una de ellas no era Cipango, sería cosa del demonio. Encontrará a Cipango o la creará, puesto que su imaginación y su voluntad se lo exigen.

CAPITULO V

Cristóbal Colón descubridor de Antilia, del hombre natural y de la poesía de los países tropicales

Las carabelas se hacen a la vela, recorren el mar de islas innumerables y en todos los lugares que desembarca, el almirante encuentra a la vez temas para maravillar su imaginación de poeta y motivos de decepción para sus ávidos deseos de hombre de negocios.

El mismo día en que puso los pies en la tierra desconocida de la pobre Guanahaní, Cristóbal Colón realizó el prodigioso descubrimiento que tal vez nadie, sino él, hubiera hecho, con el que sembró entre los hombres de Europa y después del mundo entero, nuevos elementos de ensueños, de declamaciones filosóficas y sociales, de discordia y de revolución. No se trata de América. Sin él, otro hubiera hecho el descubrimien-

to, en unos cuantos años, tal vez en algunos meses. Antilia era casi una obsesión para los portugueses que habían enviado ya varias expediciones en su busca. Si Colón hubiese fracasado con los Reyes Católicos, Martín Alonso Pinzón hubiera hecho vela hacia Occidente antes del fin de ese mismo año de 1492, y a falta de la isla fabulosa, hubiese encontrado el continente. ¿Esto es una mera suposición? He aquí los hechos ciertos. En 1497, Cabot que, también anda buscando Antilia, arriba al Nuevo Mundo; él es el descubridor de la América continental a donde Colón no llegará hasta un año después. En 1500. Cabral, descubre el Brasil. Pero ni Cabral, ni Cabot, ni Pinzón han descubierto el hombre de la naturaleza. Este es el gran descubrimiento de Colón; con él se entusiasmó inmediatamente España y después todo el Viejo Mundo, y, antes, de que pase medio siglo, por él se derramarán torrentes de sangre.

A decir verdad, los salvajes virtuosos no eran del todo desconocidos. En su *Descripción del Africa*, Brunetto Latino habla de pueblos cuya pureza de costumbres es tan grande, «que nadie puede permanecer largamente con ellos, si no está lleno de castidad, de fe y de inocencia». Los salvajes buenos, leales, ricos en toda clase de virtudes, desconocedores de todos los vicios

y de todos los pecados pueden verse en las narraciones de Marco Polo o de Mandevilla, Cristina de Pisan; a continuación de este último, hizo un viaje imaginario:

«Yo estuve en el país de la Brachina.
La gente es buena por naturaleza:
no comete pecado ni torpeza.»

Pero el tipo no se había popularizado aún, nadie había pensado en sacar doctrinas religiosas ni políticas, ni en poner en evidencia la superioridad moral del salvaje sobre el hombre civilizado. El movimiento comienza con Cristóbal Colón.

Desde el primer momento da con las frases que han de impresionar a sus contemporáneos:

«Ellos andan desnudos, como su madre los parió, y también las mujeres...» Durante cuatro siglos se extasiarán las gentes ante esta desnudez, signo del candor original. No olvidemos que las leyendas de la Edad Media, de que se ha nutrido Colón, colocaban al Paraíso Terrenal en una de las islas en que acaba de abordar y que el Descubridor está y siempre estará sugestionado por la lectura del *Libro de las maravillas* de Mandevilla.

Los salvajes de Colón son gallardos, tienen

LA VERIDICA AVENTURA

cuerpos hermosos, bellos rostros, movimientos llenos de gracia. Son cándidos, inocentes, naturalmente buenos, siempre dispuestos a dar cuanto poseen. Los españoles les ofrecen cascabeles, pedazos de escudillas y de vidrios rotos; ellos responden a su cortesía llevando a sus visitantes lo mejor que tienen: los pedacitos de oro que penden de su nariz, algodón y loritos. Desconocen el uso del hierro. «Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban, con ignorancia.» Sus casas «a manera de alfaneques, de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón».

No pertenecen a ninguna secta religiosa, no tienen ningún culto, pero son tan buenos, tan dulces, que se harán cristianos sin dificultad.

Ya se ve una de las consecuencias que podrá sacarse de este cuadro de costumbres paradisíacas: si en estado salvaje el hombre es naturalmente bueno, si es modelo de todas las virtudes, ¿por qué ha de tratar de convertírsele? ¿Para qué enviarle misioneros? Otra deducción: la sociedad pervierte al hombre.

El cuadro presenta una leve sombra: el hombre, en estado natural perfecto, no se encuentra en todas las islas. Hay algunas en que los sal-

vajes se muestran más aventajados. Las mujeres traen «delante de sí unas cosas de algodón con que cobijan su naturaleza, tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial, después que pasan de edad de doce años». En otros lugares observa que las mujeres casadas traían bragas de algodón; las mozas no, salvo algunas que eran ya «de edad de diez y ocho años».

La isla Fernandina está habitada «algún tanto más doméstica gente, y de tracto y más sotiles, por que veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas». Al almirante no le gustan las gentes que «saben mejor refutar», o sea regatear; las trata de civilizadas.

Otra sombra más espesa y que amenaza con destruir la leyenda que está edificando: algunos de esos hombres que no saben lo que es una arma, llevan en el rostro señales de heridas, heridas que les han hecho los salvajes de las islas vecinas que van como invasores. Más tarde Colón se entera de que en varias de estas islas paradisíacas existen guerreros feroces que se apoderan de otros para hacerlos sus esclavos o para comérselos. Los descubridores tendrán que habérselas con estos caníbales, y habrá una guerra terrible. ¿No basta, pues, ser salvaje para estar adornado con todas las virtudes de un ángel? La objeción no convence a los poetas, ni a los

LA VERIDICA AVENTURA

soñadores, ni a los doctrinarios. El impulso está dado; nada le detendrá.

A su vuelta del primero y del segundo viaje, Colón refiere sus recuerdos a Pedro Mártir de Anglería. Más tarde, su confidente, el verdadero depositario de sus pensamientos, será Las Casas. Hay una parte de verdad en los primeros relatos del *Diario*. Los indígenas de San Salvador y de algunas otras islas pequeñas son verdaderamente seres inofensivos que no saben luchar y se dejan esclavizar y comer sin hacer un solo movimiento de resistencia. Pertenecen a una raza físicamente degenerada, debilitada por las enfermedades y condenada a una próxima desaparición. Estos hombres de la naturaleza son unos moribundos. Colón se guarda bien de escribir esto. En España, cuando habla con los que han de ser sus cronistas, tampoco lo dice. Hace el retrato del salvaje que llegará a ser clásico; su imaginación le lleva hacia un Paraíso Terrenal, invención suya, y arrastra a sus oyentes. Su obra maestra en el género es el siguiente relato recogido por su hijo y por Pedro Mártir:

«Hallándose Colón en la costa, a la hora de la misa, vió que venía hacia él un octogenario, hombre respetable, aunque desnudo, acompañado de otros muchos indígenas. El anciano asis-

tió con admiración a la ceremonia, hasta que terminó. Era todo ojos y todo oídos. Después dió al almirante un cestillo que tenía en la mano lleno de frutos indígenas.» Finalmente, sentándose cerca de él pronunció este discurso :

«Habéis recorrido todas estas tierras, que hasta ahora os eran desconocidas, según nos han dicho, y por todas partes habéis inspirado a los habitantes un gran terror. Mas yo os advierto y prevengo que las almas, cuando salen del cuerpo, siguen dos caminos. Conviene que lo sepáis. El primero es tenebroso y áspero: por él van los enemigos y tiranos de los hombres. El segundo es grato y encantador: está reservado a los que en la vida han amado la paz y han respetado la tranquilidad ajena. Si sois mortales y si recordáis que cada cual tendrá la suerte que haya merecido, no haréis mal a nadie.»

El almirante, que gracias a su intérprete indígena, pudo comprender este discurso, y se admiraba de encontrar en un hombre juicio tan sano, le respondió:

«Tengo conocimiento de lo que me habéis dicho acerca de los diferentes rumbos y de los futuros destinos de las almas salidas de sus cuerpos. Hasta ahora creí que estos misterios no eran conocidos por vosotros, puesto que vivís en estado de naturaleza.»

Colón promete al venerable indígena no combatir sino a los caníbales. Los inocentes serán protegidos y honrados por él a causa de sus virtudes.

Así, pues, ni el octogenario, ni ninguno de aquellos que tienen intenciones puras, debe experimentar ningún temor.

Pedro Mártir sabe por Colón también lo que sigue:

«Está probado que entre ellos la tierra pertenece a todo el mundo, como el sol o el agua. No conocen lo mío ni lo tuyo, fuente de todos los males. Se contentan efectivamente con tan poco que en esta vasta región quedan siempre más campos por cultivar de los que se necesitan. Es la edad de oro. No hay fosos, ni muros, ni vallas para limitar las huertas y sembrados de libre acceso para todos. Sin leyes, códigos, ni jueces, obran naturalmente según la equidad. Consideran malo y criminal, a quien se complace en el mal de su prójimo.

Pedro Mártir de Anglería, letrado y docto, escritor de epístolas ingeniosas, diplomático astuto, espíritu fino de untuosa ironía y de penetración, italiano del Renacimiento, no se deja engañar por Colón y lo deja entender a veces con palabras veladas. Tienen una manera de intercalar entre paréntesis en la frase un «a lo que

el dice», que significa: «yo dudo». ¿Pero cómo resistirse al placer de referir una fábula tan encantadora a su corresponsal, el cardenal Luis de Aragón, sobrino del rey Fernando?

Este relato del año 1493 nos transporta a la literatura sentimental y política del siglo XVIII. La frase sobre «los enemigos del género humano, que le tiranizan», se repetirá exactamente trescientos años después en los labios de los convencionales. Al «sin leyes, sin códigos, sin jueces» del almirante habrá que añadir sólo el «sin Dios», para tener la divisa de la anarquía. Fatalmente la poesía colombina del hombre de la naturaleza conduce a todo esto. Con ella comienza el movimiento. Las Casas lo acelerará bien pronto.

Este último no duda jamás; carece de finura de espíritu y de ironía. Tiene imaginación, pero es la imaginación de un doctrinario cerrado, fanático, en quien el amor por el salvaje ha encendido como consecuencia un odio feroz contra los descubridores—con excepción de Colón—, contra los conquistadores, contra sus compatriotas; una imaginación que ha hecho de él uno de los hombres más fuertes de la historia de España. No posee las dotes de poeta que hacen amable en ocasiones a Cristóbal Colón. Las Casas lleva hasta el límite extremo las fantasías del almirante y las convierte en dogmas. Saca

LA VERIDICA AVENTURA

de ellas consecuencias lógicas que le hacen precursor de los filósofos del siglo XVIII, algunos de los cuales le habían leído; la principal es el derecho de los pueblos salvajes a disponer de sí mismos derecho tanto más sagrado cuanto que son superiores moralmente. Ni aun la antropofagia sirve de obstáculo a sus conclusiones. Explicará sus causas fortuitas, o en otros términos, la excusará.

Pero siendo buen cristiano y fraile, estima que para llegar a la perfección, lo que falta a los salvajes es la fe en Jesucristo. Así, pues, la conquista y colonización del Nuevo Mundo deben ser una obra exclusivamente pacífica.

La doctrina se amplía, se extiende. Un movimiento inaudito de «antimilitarismo» y de «anticolonialismo» se propaga en el mundo intelectual de España, y llega a verse en América cómo los frailes demagogos penetran en los campamentos y amenazan a los soldados con las llamas del infierno si no desertan: únicamente pueden ir al Edén, esto es, el Nuevo Mundo, los religiosos, llevando por toda arma un crucifijo, y eso aun en los parajes del Edén poblados de caníbales. El pacifismo y el evangelismo de Las Casas, llevados hasta el paroxismo, ponen en peligro la obra de los conquistadores y civilizadores, tras haber retardado la marcha de los

descubrimientos y suscitado guerras civiles en América.

No obstante la leyenda paradisíaca del hombre inocente y puro y su literatura se extienden por toda Europa. El gran canciller de Inglaterra Tomás Moro, inventa su *Utopia*. Y Montaigne, inspirándose en el pastor protestante Juan Lery, que a su vez se había inspirado en Colón, Las Casas y Pedro Mártir, escribió:

«Los brutos nos muestran hasta qué punto la agitación de nuestro espíritu nos origina enfermedades. Lo que nos dicen de las gentes del Brasil que sólo mueren de vejez suele atribuirse a la serenidad y tranquilidad de sus aires; yo lo atribuyo más bien a la serenidad y a la tranquilidad de sus almas descargadas de toda pasión, pensamiento u ocupación intensa o desagradable; como gentes que pasaban su vida en una admirable simplicidad e ignorancia, sin letras y sin leyes, sin rey, sin religión alguna...»

«Sin religión»: ya se ha completado la divisa de la anarquía. La idea completa rápidamente su camino. «Sin letras»: Rousseau se encargará del escolio.

Entre tanto, el entusiasmo por los hombres de la naturaleza va unida a una pena. ¡Europa no los tiene! Pero, ¿no los tuvo en la historia de su pasado? ¡Fuera escrúpulos! Para dar pasto a

LA VERIDICA AVENTURA

las almas sensibles, un español creó uno, en 1529, en plena vida de Las Casas, y cuando habían transcurrido veintitrés años después de la muerte de Colón: el rústico del Danubio, episodio de la historia romana que Guevara trae su *Reloj de Príncipes*, poniéndola en boca de Marco Aurelio. Esta leyenda tuvo en seguida un éxito prodigioso. Se la llevó hasta la escena, y expresión literaria perfecta se encuentra en una fábula francesa. Ciertamente que no pensaba mal de La Fontaine al escribir:

«¿Con qué derecho sois dueños del universo? ¿Por qué habéis de turbar una vida inocente? Cultivábamos en paz nuestros felices campos, y fueron nuestras manos activas en labores y en artes. ¿Qué enseñanza traes a los germanos? Son hábiles y valientes. Si hubiesen tenido la avidez, la violencia de que vosotros hacéis ostentación, tal vez tendrían vuestro poder y sabrían hacer uso de él sin inhumanidad.»

Tampoco el humanista Pedro Mártir podía prever que la leyenda del germano cándido y puro daría nacimiento a la del alemán moderno dotado de las mismas virtudes. Ahora bien; sin Pedro Mártir, y, sobre todo, sin Las Casas, en quien se inspiró Guevara directamente—es decir, sin Cristóbal Colón—«el campesino del Danubio» no hubiese sido inventado.

En suma, Colón, creador del hombre de la naturaleza, es el primer eslabón de una larga cadena que continuando con Las Casas, Pedro Mártir de Anglería, Guevara, Tomás Moro, Fernelón, Juan Jacobo Rousseau y los «filósofos» contemporáneos suyos pasando por Mme. de Stael para llegar a Tolstoy.

Se comprende fácilmente por qué no figura el nombre de La Fontaine en esta lista. Si se encuentra en ella el del italiano diplomático y letrado es por la razón de que fué el confidente e intérprete de Colón y porque escribió fórmulas que llegarían a ser de la Revolución y de la anarquía.

* * *

Al mismo tiempo que al hombre de la naturaleza, Colón descubre la poesía de las tierras tropicales. Del 15 al 20 de octubre encuentra varias islas y recorre tres, a las que da el nombre de Santa María de la Concepción, Fernandina e Isabela; son mayores que San Salvador, pero no ofrecen mayores recursos: ni minas de oro, ni piedras preciosas; los indígenas son casi tan pobres como los que ha visto el primer día, y,

LA VERIDICA AVENTURA

casi siempre huyen al ver a los españoles. No obstante, por las señas que le hacen los de la Fernandina, ha creído comprender que en otra isla, la Isabela, a la que se dirige apresuradamente, existe un rey poderoso que tiene bajo su dominio a todas las islas vecinas; un rey que lleva vestidos y está cubierto de oro. En la Isabela espera todo un día que el rey u otras personas le llevarían presentes. Pero sólo ve algunos salvajes que le ofrecen, como los de los días anteriores, ovillos de algodón y pequeños ornamentos de oro—tan pequeños que no valen nada—de los que llevan en las narices. Allí no hay minas de oro, ni aromas, ni piedras preciosas. ¡Pero la naturaleza es admirable!

Esto le consuela. Sus ojos no pueden cansarse de ver una vegetación tan hermosa. Entona himnos en alabanza de los perfumes tan deleitosos que, cuando va costeando los árboles y las flores envían a su olfato sutil. En Isabela hay «manadas de papagayos, que oscurecen el sol, y aves y pajaritos, de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla: después ha árboles de mil maneras y todos a su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que ya estoy más penado del mundo de no los conocer, por que soy, me bién cierto que todos son cosa de valía y de ellos traigo la demuestra,

y asimismo de las yerbas.» Y concluye «que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí».

El almirante no se queda porque espera encontrar una isla más hermosa aún y que por añadidura contenga los tesoros que él ha prometido a los Reyes Católicos. Es la isla de Cipango. Los indígenas a quienes pregunta, la llaman *Cuba*, y le muestran la dirección en que se encuentra; le dicen que es muy grande, que se hace en ella un comercio muy extenso y que hay allí oro, especias, grandes navíos y mercaderes.

Colón desembarca en Cuba el 28 de octubre. Esta vez está realmente en una isla muy grande, y los paisajes se destacan los más hermosos del mundo. No se priva de admirar lo que tiene delante. Desgraciadamente Las Casas abrevia el relato:

«Dice el almirante que nunca tan hermosa cosa ha visto, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con fruto, cada uno de su manera. Aves, muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente...»

El canto de los pajaritos basta para arrancarlo un momento de la obsesión del oro. ¡Hay allí tantas otras maravillas! «Y diz que era gran placer ver aquellas verduras y arboledas y de

las aves, que no podía dejallas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos y la mar, que parecía que nunca se debía alzar, porque la yerba de la playa llegaba hasta cuasi el agua, la cual no suele llegar donde la mar es brava.»

Sigue adelante: «toda aquella mar, dice, que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla, y el agua aparejada para criar perlas... Señala la disposición del río y del puerto, que arriba dijo, que tiene sus montañas hermosas y alta como la Peña de los enamorados, y una dellas tiene encima otro montecillo a manera de una hermosa mezquita... Y subió en un montecillo, por descubrir algo de tierra, y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dice no tiene duda que hay yerbas aromáticas.»

Entró en un puerto, en el que desembocaba un hermoso río, formando tal cantidad de islas que no pudo contarlas todas: «Maravillóse en gran manera ver tantas islas, y tan altas, y certifica a los Reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las destas islas, que le parece que no las hay más altas en el mundo, ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie dellas grandísimo fondo. Y

dice que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de oriente se ponen. Y dijo que creía que había grandísimas riquezas, y piedras preciosas, y especería en ellas... Dice tantas y tales cosas de la fertilidad, y hermosura, y altura destas islas que halló en este puerto, que dice a los Reyes que no se maravillen de encarecelles tanto, porque les certifica que cree que no dice la centésima parte. Algunas dellas que parecía que llegaran al cielo, y hechas como puntas de diamantes; otras, que sobre su gran altura tienen encima como una mesa...»

Las Casas, al hacer el resumen, no suprime en su prosa la poesía tropical de Colón, y transcribe alguna de las bellas imágenes en que se complace la fantasía del Descubridor, como aquel montículo que parecía una mezquita, y aquella isla que sube hasta el cielo y termina en punta de diamante. Sus arrebatos poéticos impacientan al cronista, que comenta el deseo de contemplar y el goce de admirar la belleza y lozanía de aquel país, por cualquier lado que penetra en él. Sin quererlo, se detiene.

Pero Colón no olvida el aspecto práctico de su empresa. La naturaleza hermosa es aquello de donde se pueden sacar más beneficios. Está seguro de que donde tales tierras hay debe de

haber cosas aprovechables. ¿Pero en qué lugares del mundo se encuentra exactamente? Su concepción geográfica quiere que Cuba sea Cipango. Sin embargo, duda. ¿Y si fuera Catay y el país del Gran Kan? Sus ideas se embrollan de tal manera que la isla de Cuba llega a ser en su espíritu a la vez el Japón y el continente asiático. «...y creo que sean todas estas islas, y que tengan guerra con el Gran Kan, a que ellos llaman Cavila, y al provincia Bafán... Y es cierto questa es la tierra firme, y que estoy ante Zayto y Guinsay, cien leguas poco más o menos de lo uno y de lo otro, bien se amuestra por la mar, que viene otra suerte que fasta aquí no ha venido...»

Aquí el cronista y apologista, impacientándose más por la geografía de Colón que por su poesía, escribe: «Esta algarabía no entiendo yo.»

En la costa, el Descubridor no ha visto más que salvajes poco menos miserables que los de las otras islas. ¿En dónde están los príncipes de Asia cubiertos de oro y de piedras preciosas, y en dónde están las ciudades descritas por Marco Polo, cuyas casas tienen puertas, pavimentos y tejados de oro?

—¿Habéis leído a Marco Polo?—pregunta a Juan de la Cosa después de haber escrito la fra-

se acerca de Zayto y Guinsay en su Diario.

—No, señor—responde el cosmógrafo, que no gusta de fábulas.

—Si hubiéseis leído la relación de sus viajes y la del franciscano Odorico de Pordénona, sabríais que Guinsay es la ciudad más grande que hay en todo el mundo. Está poblada por varios millones de habitantes. Sus casas son tan capaces que habitan quince o veinte familias en cada una. Tiene doce puertas principales; junto a cada una comienza otra ciudad mayor que Roma, de suerte que un hombre puede andar seis o siete días por las calles entre casas antes de llegar al campo. Guinsay está construída en una tierra baja, entre balsas, lagos y estanques, como Venecia. Se cuentan en ella más de doce mil puentes. En su territorio se dan el áloe, el incienso, el benjuí, el alcanfor, el clavo, la pimienta, la canela, la cubeba, la nuez moscada, el jengibre, el ruibarbo, los árboles del pan y otros que producen miel o vino. Basta arañar la tierra para encontrar en ella diamantes, perlas, rubíes, zafiros y esmeraldas. A causa de su misma abundancia todo es de una baratura extraordinaria; se adquieren, por ejemplo, cuatro libras y siete onzas de azúcar por una mediodobra italiana.

—¡Qué lástima que no hayamos ido a ese país!

—Estamos en él—responde el gran soñador.

—¡Pues no lo parece mucho!

—Sí, está aquí mismo, muy cerca. Sus maravillas podrán verse en el interior del país, a algunos días de camino. Todo me lo demuestra, y principalmente las corrientes del mar. Las islas de las Indias descritas por Odorico de Pordónona tampoco deben de estar lejos. El libro de este fraile que recorrió todas las Indias, incluso la del Preste Juan, hace más de un siglo, no ha sido impreso; pero el Padre Antonio de Marchena se ha procurado copia de los capítulos más interesantes. Escuchad la descripción de la isla de Fana que ha trasladado a este manuscrito.

Colón, abriendo una arquilla, sacó de ella un número de papeles, después de hojearlos, leyó lo que sigue:

«La isla de Fana tiene seguramente tres mil millas de perímetro. Está muy poblada y es una de las mejores que se hallan en el mundo. Se encuentran en ella el clavo, la cubeba, la nuez moscada y otras muchas especias que crecen allí y toda suerte de víveres en gran abundancia, menos el vino. El rey de esta isla vive en un palacio maravilloso y muy grande. Las escaleras son de oro y de plata, y el pavimento también. En sus paredes se hallan labrados hombres a caballo, hechos de oro fino. Estos jinetes

tienen nimbos de oro, como los santos de nuestras iglesias. Los tejados de este palacio son todos ellos de oro puro. En una palabra: éste es el más rico palacio que hay, y el más hermoso. En todo el mundo no tiene semejante.»

Colón volvió a guardar el manuscrito en la caja, y concluyó tranquilamente:

—Nosotros hemos de ver todo esto, si Dios quiere.

—¡Si Dios quiere!—repitió Juan de la Cosa con una sonrisa.

De esta manera volvía la espalda el visionario a la realidad y se consolaba con unas esperanzas que nada podrá abatir. El 2 de noviembre envía en busca del Gran Kan, para quien los Reyes Católicos le habían dado una carta. Los mensajeros son el judío Luis de Torres, intérprete de lenguas orientales, el español Rodrigo de Jerez y dos indígenas. Vuelven cuatro días después. No habían encontrado ni la capital del Gran Kan ni ciudad alguna, aun de pequeña importancia. Sólo vieron una aldea de cincuenta cabañas. «Dijeron que los habían rescebido con gran solemnidad, según su costumbre, y todos así hombres como mujeres, los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban, y les besaban las manos y los pies, maravillándose, y creyendo que venían del cielo,

LA VERIDICA AVENTURA

y así se lo daban a entender. Dábanles de comer de lo que tenían.»

«Hombres de la naturaleza como los otros. Pero en vano buscaron los emisarios las maravillas descritas por Marco Polo. El único adelanto es que Luis de Torres y Rodrigo han averiguado que en unos lugares que no han visitado, la isla produce canela y pimienta, aun cuando no están muy seguros.»

«Hoy tiré la nao de monte, dice el almirante, y me despacho para partir el jueves, en nombre de Dios, e ir al sueste, a buscar del oro y especerías, y descubrir tierra.»

Sale del puerto y río de Mares, «para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía que se llamaba Babeque, a donde, según dicen por señas, que la gente della coge el oro con candelas, de noche, en la playa, y después, con martillo, que hacen vergas dello.» Siempre cree comprender por las señas que le hacen los indígenas, que hay oro allí; pero que se encuentra entre los vecinos. Hasta creará por las señas, que existe una isla toda de oro.»

El Diario dice en el resumen de 21 de noviembre:

«Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad del Almirante, por cudicia, diz que pensando

que un indio que el Almirante habían mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro, y así, se fué sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso.» Y dice aquí el Almirante: «Otras muchas me tiene hecho y dicho.»

¿Qué cosas? Colón no lo dice. Hasta este momento Martín Alonso le ha prestado los mayores servicios; de hecho es el jefe de la expedición; gracias a él pudo partir y las carabelas hicieron un buen viaje; el descontento de la tripulación de la *Santa María* no degeneró en una insubordinación que hubiera podido tener como resultado el abandono de la empresa; gracias a él, gracias a su consejo de tomar el camino del sur, se ha encontrado la tierra. Pero el almirante, que en los años sucesivos, cuando Pinzón no estará ya a su lado, multiplicará los errores y los desaciertos, el orgulloso Colón ha tomado odio al navegante avisado que le salva y le conduce a buen término.

Por otro lado, no sabe bien si Pinzón le ha dejado para ir a hacer descubrimientos y buscar oro por su cuenta, o si boga hacia España. Esta segunda hipótesis le asusta. ¿Qué dirá Pinzón en el informe que no dejará de hacer a los Reyes Católicos y que todos tripulantes confirmarán? El almirante se siente de antemano confundido, y

piensa en activar su vuelta para ir a defenderse y tomar la ofensiva contra Martín Alonso.

En el asiento del 3 de enero da el Diario esta página singular en la que se ve que hallándose privado de la presencia del comandante de la *Pinta*, el almirante se considera solo—aunque le quedan la *Niña* con los dos tercios de la tripulación total, comprendiendo los maestros y pilotos—. Teme un accidente.

«No partió hoy porque anoche diz que vinieron tres de los indios que traía de las islas, que se habían quedado, y dijéronle que los otros y sus mujeres venían al salir del sol. La mar también fué algo alterada, y no pudo la barca estar en tierra; determinó partir mañana, mediante la gracia de Dios. Digo que si él tuviera consigo la carabela *Pinta*, tuviera por cierto de llevar un tonel de oro, porque osara seguir las costas de estas islas, lo que no osaba hacer por ser solo, porque no le acaeciese algún inconveniente y se impidiese su vuelta a Castilla y la noticia que debía dar a los Reyes de todas las cosas que había hallado. Y si fueran cierto que la carabela *Pinta* llegara a salvamento en España, con aquel Martín Alonso Pinzón, dijo que no dejara de hacer lo que deseaba; pero que porque no sabía dél, y porque ya que vaya podrá informar a los Reyes de mentiras, por que no le manden

dar la pena que él merecía como quien tanto mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia, y estorbar los bienes que pudieran hacerse y saberse de aquella vez, dice el Almirante, confiaba que Nuestro Señor le daría buen tiempo y se podría remediar todo.»

Tres días después, se vió a la *Pinta* corriendo con viento de este a popa, y llegar al navío almirante. Como no podía anclarse en el lugar en que se hallaba. Colón «volvióse a desandar diez leguas atrás, que había andado, y la *Pinta* con él.» Pinzón no abrigaba, por lo tanto, proyectos tenebrosos. Le hubiera sido tanto más fácil escaparse cuanto que la *Pinta* era la más rápida de las tres carabelas y precedía casi siempre a las otras dos. Así, pues, por confesión del propio Colón, la *Pinta* va delante del navío-almirante, y luego de retroceder éste, lo acompaña durante diez leguas. En cuanto los dos navíos pudieron detenerse, Pinzón subió a bordo del navío-almirante y se excusó, según el Diario «diciendo que se partido dél contra su voluntad dando razones para ello; pero el almirante dice que eran falsas todas...»

¿Por qué Colón que formula una requisitoria, con las más graves imputaciones contra Martín Alonso, a quien califica de traidor y de cuya deserción se queja, no expresa cuáles fueron las

LA VERIDICA AVENTURA

excusas del marino de Palos, ni las refuta? Se limita a decir que «eran falsas todas, y que con mucha soberbia y cudicia se había apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabia de dónde le hobiesen venido las soberbias y deshonestidades que había usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje, como hasta entonces había hecho.»

En efecto, tres días después de salir de Palos, la *Pinta* había sufrido un grave accidente. Colón, dice el Diario, se vió en gran perplejidad porque no podía socorrerla sin ponerse él mismo en peligro; pero confiesa «que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio». La *Pinta* fué reparada el 9 de agosto «con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de los demás.» En agosto, pues, Pinzón no era un instrumento de Satán. Tampoco lo es cuatro meses más tarde, ya que se esfuerza cuanto puede para juntarse con el almirante y subir a bordo de su barco.

Colón no se queja solamente de Martín Alonso; acusa también a Vicente Yáñez y a gentes de la tripulación. Lo hace por hábito. Después, en sus sinsabores, fracasos y desgracias que no

tendrán otra cosa que su impericia y su loca imaginación inventará causas y buscará culpables. De momento, hace «en mala compañía» el primero y más feliz de sus cuatro viajes.

«El Almirante había sufrido y callado por dar buen fin a su viaje, así que, por salir de tan mala compañía, con los cuales dice que cumplía disimular, aunque gente desmandada, y aunque tenía diz que consigo muchos hombres de bien, pero no era tiempo de entender en castigo, acordó volverse y no parar más, con la mayor priesa que le fué posible.» No quiere tener más diferencias con ese Martín Alonso, hasta que Sus Altezas reciban todas las noticias del viaje. «Y después, no sufriré (dice él), hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales, contra quien les dió aquella honra, presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.»

Cabe preguntarse si semejantes frases y otras más crueles se escribieron en el Diario de a bordo después de la muerte de Martín Alonso Pinzón.

Un elemento más acaba de introducirse en la leyenda colombina, melodrama admirablemente montado por el propio protagonista. En todo melodrama hay un traidor. En el de Colón hay una multitud; pero el gran traidor, el traidor satánico es Pinzón; un traidor muy llevadero,

*LA VERIDICA
AVENTURA*

puesto que morirá—castigado, según alguien había de escribir, castigado por la Divina Providencia—antes de poder presentar su defensa y no dejará una sola palabra escrita, mientras que el héroe compondrá volúmenes. Es el traidor que se entrega, en la escena, a los denuestos del público. En la obra de Lope de Vega, Martín Alonso excita a los marineros y les propone asesinen a Colón, contra el cual profiere estos insultos y estas amenazas:

«¡Malditos sean tus mapas,
Matemático imposible,
Con que tus maldades tapas,
Y de este furor terrible
Como con bulas te escapas!
Hoy será como Jonás,
Y de esta suerte verás
Como el que el toro inventó
Que el primero en él murió.
Hoy tu invención probarás.
Asidle, vaya (1).

* * *

(1) Obra y edición citada. Acto II, pág. 355.

Después de haberse separado del Almirante, Pinzón ha descubierto una isla que los indígenas llaman Haití y que parece tan extensa como la de Cuba y le disputa la palma por la dulzura de su clima, la belleza de su cielo, de sus aguas y de sus montañas y el esplendor de su vegetación. Colón, que llegó allá después de él, la llamó la isla Española (o Hispaniola). Y Haití no es ni más ni menos que la fabulosa Antilia; por la configuración de sus costas responde mejor que la otra gran Antilla a la idea formada acerca de la isla de las Siete Ciudades.

Colón ha alcanzado su punto objetivo: ha descubierto lo que quería decubrir. Pero no lo sabe. Ha dado al archipiélago el nombre más vago de la época: las Indias, porque ignoró exactamente en dónde se encuentra, y sólo más adelante exhumarán otros el nombre de Antillas, que es el que ha quedado.

Antes de esto, durante más de dos semanas, navegó a lo largo de la costa de Cuba, después en medio de pequeñas islas y desembarcó en algunas de ellas. Los indígenas le hablan de una isla que llaman Bohío, y que es Haití, y él cree adivinar por sus señas que la habitan caníbales. «Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comían los hombres, y que en tomando uno

LA VERIDICA AVENTURA

lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura... y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del Gran Cant, que los captivaban.»

No eran los indígenas de las Antillas—cuyo lenguaje no entendía—quienes le hablaban de los hombres de cabeza de perro; eran Marco Polo, Mandevilla y Odorico de Pordénona. No ha perdido la esperanza de encontrar al fastuoso emperador asiático. ¡Y está al lado mismo de Antilia!

Sigue extasiándose delante de los lugares encantadores de los que se aparta con el mayor sentimiento: «Fué cosa maravillosa ver las arboledas y frescuras, y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que dice que le parecía que no quisiera salir de allí. Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía, que para hacer relación a los Reyes de las cosas que vían, no bastaran mil lenguas a referillo, ni su mano para lo escribir, que le parecía questaba encantado. Deseaba que aquello vieran muchas otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dice ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él.»

Colón desembarcó en Hispaniola el 6 de diciembre. La isla le pareció muy grande, y advirtió en seguida que estaba toda cultivada y

cubierta de llanuras, las más bellas del mundo y casi semejantes a las tierras de Castilla, a las que aventajaban todavía. Envió de avanzada a algunos de sus hombres, los cuales, al regreso, dijeron que no habían encontrado ni casas ni habitantes; sólo hallaron algunas cabañas. ¡Nuevas decepciones que la poesía de la naturaleza no basta a borrar!

Prosiguiendo la exploración hacia las montañas, los descubridores columbraron grupos de indios que huyeron al verles. Al día siguiente, llegaron a un valle en el que había un pueblo de mil casas dispersas cuyos habitantes, que les tomaron por seres sobrenaturales bajados del cielo, les ofrecieron comida. Ese mismo día, el almirante volvió a hacerse a la mar y navegó entre la Hispaniola y la isla de la Tortuga. Un viejo indígena, que tripulaba una canoa, iba en seguimiento del navío, a pesar de la tempestad que se había levantado. Colón lo recogió a bordo y lo devolvió a Hispaniola. Una turba de indios, enterados de esta aventura, corrieron a la playa y rodearon a los españoles que supieron por ellos que había mucho oro en otras islas, a Levante; más había en la isla de la Tortuga que en la Hispaniola. Pero el almirante dice que no hay minas de oro en una ni en otra. No es, pues, en suma, sino más que una isla co-

mo las otras. El suelo es tan fértil que los habitantes no necesitaban trabajar mucho la tierra para que produzca lo necesario a su sustento y menos aun para vestirse, puesto que van completamente desnudos.

¡Qué monotonía y qué desencanto! ¡Si a lo menos hubiera un rey con quien tratar! ¡Apenas ha formulado Colón este deseo con la ayuda de su imaginación, se cumple! Advierte en la playa a un joven, de ventiún años, a lo sumo, a quien los demás indígenas tratan con deferencia y respeto: uno de los numerosos caciques a cuya autoridad viven sometidos los poblados de la isla. Pero esto no basta a Colón; lo convierte en rey, más aun, en el único rey de la Hispaniola. Le improvisa una corte. El rey se llama Guacanagari.

De los varones de edad que están con él, uno es su ayo y los otros sus consejeros; después vienen los dignatarios y las damas de la corte. Pero no se trata de una corte pervertida como las de los países civilizados: «Este rey y todos los otros andaban denudos, como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algún empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado.»

El rey pasó a bordo, y el almirante «le hizo la honra que debía».

Este encuentro inesperado no basta. Se necesita otro que, con una preparación conveniente, permita al almirante hacer admirar a los Reyes Católicos el ceremonial de los hombres de la naturaleza cuando tienen un soberano. Algunos días después, el rey, llevado en andas por cuatro hombres, llega, con un séquito de doscientas personas, a la hora en que el almirante estaba comiendo debajo del castillo de su embarcación. Por fin la monotonía de la existencia en el archipiélago se rompe, y Colón introduce en su Diario, para su satisfacción y de la reina, una novedad suntuosa:

«Sin duda parecerá bien a Vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto (1) que todos andan desnudos. El, así como entró en la nao, halló questaba comiendo a la mesa, debajo del castillo de popa, y él a buen andar, se vino a sentar a par de mí, y no me quiso dar lugar que yo me saliese a él, ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé qué ternía a bien de comer de nuestras viandas: mandé luego traerle cosas qué comiese. Y cuando entró debajo del castillo, hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor priedad.

(1) *Puesto*, significaba entonces, a pesar, no obstante, etc.

*LA VERIDICA
AVENTURA*

sa, y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se asentaron a sus pies, y de las viandas que yo le puse delante, tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva, y después luego lo demás enviábalo a los suyos y todos comían della, y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca, y después así lo daba a los otros, y todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras, y aquella qué l decía, según yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban a la boca, y hablaban por él, y con él, y con mucho acatamiento. Después de comido, un escudero traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo ques de otra obra, que él tomó y me lo dió, y dos pedazos de oro labrado, que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco dél, puesto que tengo cuestión muy vecinos de donde nace y hay mucho.»

¡En tan gran abundancia! Allí por donde pasa la respuesta a sus preguntas sobre las minas de oro es siempre la misma: «Aquí le dicen los hombres de la naturaleza, encontramos entre la arena de los ríos apenas oro bastante para hacer algunas pequeñas chucherías. Las minas de oro, los reyes cubiertos de oro, están más allá, no

muy lejos...» O, por lo menos, es así como el almirante interpreta sus señas. Le hacen ir de Norte a Sur y de Este a Oeste. Por fin encuentra a un rey, pero es un perfecto hombre de la naturaleza, todo desnudo. Le hace regalos: una camisa y unos zapatos, cuentas de ámbar y un frasco de agua de azahar. Le muestra los retratos de los Reyes Católicos, grandes reyes—le dice—que gobiernan lo mejor del mundo. ¡Estos soberanos, dice el rey de Hispaniola voviéndose hacia su ayo y su consejero, han de ser verdaderamente unos muy grandes señores puesto que pueden enviar a su almirante desde tan lejos, desde el cielo!

El almirante prosigue su exploración de las costas de Hispaniola y de las otras islas del archipiélago: acaban de decirle que existe una que contiene más oro que tierra. ¡Será menester dar con ella! Pero no la encuentra. Sus relaciones con los indígenas y los regalos cambiados son siempre los mismos. Procura consolarse contemplando las maravillas de la creación y a los hombres de la naturaleza que son los habitantes de Hispaniola, aunque tengan un rey, caciques, señores, jueces y leyes. Todos son de un trato singularmente afable y tierno, escribe... Las poblaciones y las casas son muy hermosas y están gobernados por señores o jueces a los cuales

LA VERIDICA AVENTURA

obedecen a maravilla; y todos estos señores hablan poco y tienen costumbres muy puras...

En la noche del 25 de diciembre, como hiciese calma, el marinero que tenía el gobernalle pensó que podía irse a dormir y confiar la barra a un mozo grumete, cosa que estaba prohibida por el reglamento. Los demás hombres de la tripulación, los pilotos y el Almirante estaban dormidos. Conducida por una mano inexperta, la *Santa María* fué a embarrancar en un banco de arena, de modo tan desdichado que fué imposible ponerla a flote. Sobre esto Colón, como lo hace siempre que ocurre algo desgraciado, sea o no por su culpa, acusa a Juan de la Cosa—uno de los héroes más admirables de la epopeya de los descubrimientos—y a los individuos de la tripulación, de haberse negado a echar una áncora a popa, para poner el navío a flote, según el almirante, le había ordenado, cosa que hubiese salvado la embarcación. Les acusa de haber huído sin detenerse por lo menos a salvar los víveres. Ha dicho y repetirá por escrito que la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* eran sólidos navíos en excelente estado de navegación. Pero ahora, en su furor de acusar, afirma lo contrario. El barco era muy pesado y poco a propósito para los descubrimientos, lo que atribuye a los de Palos que no cumplieron la prome-

sa que habían hecho al rey y a la reina de proporcionar embarcaciones convenientes para semejante expedición. El almirante encuentra tres causas de la desgracia que le ocurre: mal estado del navío, traición de la tripulación y cobardía. Es demasiado: una sola hubiese bastado de haber sido aceptable. Pero los hombres de la naturaleza vienen pronto a consolarle de tanta maldad. Su sensible rey, que «envió toda su gente de la villa con canoas, muy grandes y muchas, a descargar todo lo de la nao, y así se hizo, y se descargó todo lo de las cubiertas en muy breve espacio; tanto fué el grande aviamiento y diligencia que aquel rey dió.»

El contraste que inventa entre su tripulación de malhechores y los salvajes sensibles y serviciales, le da ocasión para escribir un nuevo canto para la leyenda del hombre de la naturaleza:

«El, con todo el pueblo, lloraban tanto—dice el Almirante—: son gente de amor y sin cudicia, y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente, ni mejor tierra. Ellos aman a sus prójimos como a sí mismo, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron. Mas

LA VERIDICA AVENTURA

crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas...»

Pero, ¿por qué le ha dado unos zapatos, una camisa y unos guantes al rey que se adornó con ellos en seguida? ¿No ha tenido miedo de pervertirle?

El almirante se encuentra en una situación crítica: ha perdido dos de los tres navíos, la *Santa María* hundida, y la *Pinta*, que cree en camino de España. Relacionando los dos acontecimientos, habla cada vez más de conspiración y de traición. ¡Como si fuese posible que Juan de la Cosa hubiese hecho hundirse a uno de los mejores navíos de España siendo él uno de los principales, propietarios del mismo, sin estar asegurado el barco! ¡Como si los seis Pinzones, que habían comprometido en la empresa una parte de su fortuna y como si los otros pilotos y los marineros hubiesen querido, por arruinar la empresa de Colón, arruinarse a sí mismos y correr el riesgo de no poder volver a sus casas!

El almirante está más decidido que nunca a tornar a España con la *Niña*, para dar cuenta a los Reyes Católicos de sus descubrimientos, y pedirles que organicen una nueva expedición con el fin de proseguir la exploración en mejores condiciones y llegar hasta la capital y corte del Gran Kan.

También decide construir «una torre y fortaleza, todo muy bien» con la madera de la *Santa María*, dejar allí cuarenta hombres de la tripulación y del personal civil que, mientras esperan que él vuelva con los nuevos navíos que Sus Altezas no dejarán de darle, continúen explorando la Española.

—¡Oh!—dice—. Si edificamos esta torre y fortaleza no es por tomar precauciones contra un ataque de los indígenas. Esto no puede pasarles por las mientes. Son gentes éstas muy dulces, su rey es el más virtuoso de los hombres. Están desnudos por completo, sin armas, y son de una timidez insuperable. Con diez españoles bastaría para hacer huir a treinta mil de ellos. Sin embargo, es necesario construir la torre y fortaleza a fin de que los indios sepan lo que son capaces de hacer los súbditos de los Reyes Católicos, y con objeto de que obedezcan con temor y con amor.

Da a este fuerte de madera el nombre de Navidad, y confía su mando a Diego de Arana. Abandona, pues, en esta isla lejana una parte de sus marineros y funcionarios, y los confía a la admistad fraternal de los hombres de la naturaleza. Mas ¿son éstos tan inofensivos como él cree o dice? ¿Y los demás, los de las regiones aun inexploradas de la isla que él estima mayor que

LA VERIDICA AVENTURA

Portugal? En todo caso, está seguro de que los cuarenta españoles no podrían hacer huir a una tropa de caníbales, aquellos guerreros feroces que se hallan, no lejos de allí, y de cuya existencia Colón no puede dudar, pues en todos los lugares por donde pasa se lamentan de ellos y se les teme. Podía dejar una pequeña guarnición en una fortaleza de tablas, junto al mar, pero con la condición de que se quedase allí en el puerto un navío que sirviese de refugio en caso de peligro. El almirante no piensa en ello, o si lo piensa lo pasa por alto. La garantía del joven y virtuoso rey le basta.

El año siguiente, a su vuelta a la Española, encontrará la fortaleza demolida. Los compañeros del primer viaje habrán sido muertos por las gentes virtuosas y dulces. Este es el primer sacrificio sangriento en aras de la Utopía.

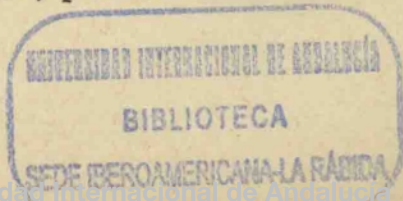
El almirante persevera en su resolución después de haber encontrado a la *Pinta*. Persistirá aún después de haber sabido por experiencia, que los indios no eran todos hombres inofensivos e inermes. «El domingo 13 de enero, escribe Fernando Colón resumiendo el Diario de su padre, estando el almirante en el cabo del Amor, en el Golfo de Samaná, cerca de la isla Española, envió a tierra algunos hombres, de quienes hallaron en la playa unos indios de mirada

feroz que llevaban arcos y flechas y daban a entender por su actitud que estaban dispuestos a pelear... Nuestras gentes se les acercaron y les compraron armas de las suyas por orden del almirante. Después que los indios se las habían vendido, no solamente se negaron a dejarles marchar, sino que volviendo a su furia, corrieron a sus cabañas a requerir cuerdas para atarlos y llevarlos prisioneros. Nuestros soldados, que no pasaban de siete, les esperaron, y, viéndoles venir en desorden, les rechazaron vigorosamente y les pusieron en fuga..."

Este «combate» y esta «victoria» alegran a Colón. Los españoles que deja en la Española no tienen nada que temer, dice. Nadie osará atacarlos, pues se va a extender la noticia en todo el archipiélago de que siete hombres han derrotado a seiscientos indios. Había, pues, previsto la posibilidad de un ataque. ¡Y este incidente basta para darle seguridad! Además, los indios amigos no eran de la raza temible de los caribes antropófagos.

Entre tanto, Colón continúa admirando las maravillas y las curiosidades de la tierra y de las aguas. El 8 de enero ha visto sirenas.

«El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas



LA VERIDICA AVENTURA

como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de la Manegueta.»

Pronto estarán ya su espíritu y sus sentidos cerrados a la poesía. Quiere volver a Castilla lo más pronto posible. Ha encontrado a Martín Alonso Pinzón en circunstancias tales que las sospechas de traición y deserción concebidas contra él quedan disipadas. Pero, ¡no!, la presencia de aquél a quien debe tanto le es cada vez más odiosa.

De nuevo extiende su cólera y sus acusaciones a los otros maestros, pilotos y tripulantes.

«Los que puso en las carabelas por capitanes eran hermanos, conviene a saber: Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, y otros que les seguían, con soberbia y cudicia, estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos, antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él.»

La intención, escribe aún, era «venirse a más andar», por llevar a Sus Altezas las nuevas del viaje, y «por quitarse de la mala compañía que tenía, y que siempre había dicho que era gente desmandada.»

¡Y esto no es aún bastante! Se leen las líneas siguientes en el Diario con fecha de 14 de enero de 1493:

«Pero no obstante la mucha agua que las carabelas hacían, confía en Nuestro Señor, que le trujo, le tornará, por su piedad y misericordia, que bien sabía Su Alta Majestad cuánta controversia tuvo primero, antes que se pudiese expedir de Castilla, que ninguno otro fué en su favor sino El, porque El sabía su corazón, y después de Dios, Sus Altezas, y todo lo demás le había sido contrario sin razón alguna. Y dice más así: y han seído causa que la Corona Real de Vuestras Altezas no tengan cien cuentos de renta más de la que tiene después que yo vine a les servir, que son siete años, agora, a 20 días de enero, este mismo mes, y más lo que acrecentado sería de aquí en adelante. Mas aquel poderoso Dios remediará todo. Estas son sus palabras.»

Dos nuevos elementos, y son los principales, vienen a enriquecer la leyenda colombina. El almirante se halla rodeado de criminales. Los próceres del arte náutico, que al ser jefes se contarán entre los héroes más admirables del descubrimiento, son unos malhechores. Los marinos españoles, colaboradores voluntarios de estos jefes y de otros, trabajadores anónimos, sin gloria, pero no menos admirables, pues sin su valor y

LA VERIDICA AVENTURA

sus cualidades de sufrida resistencia el descubrimiento hubiera sido imposible, también son unos bandidos. Los funcionarios civiles de la expedición, que, por deber y por obediencia a su reina, han renunciado a la existencia dulce, apacible, sin peligros que llevaban en las ciudades de Castilla y de Andalucía—estos funcionarios son unos bandidos—. La leyenda ha sido lanzada. Va a hacer rápidamente camino, y la Historia que Cristóbal, su hijo y Las Casas preparan tratará de bandidos a todos los descubridores, con excepción de Colón, y a todos los conquistadores. En fin, esta Historia, a la que algunos españoles ciegos han contribuido, presentará a toda la España «sanguinaria» al desprecio de la Humanidad civilizada.

Y todo porque el almirante no descubrió lo que buscaba y había prometido: debía volver con montones de oro, y vuelve con las manos vacías. Su ambición y su desmensurado orgullo han sido burlados: es preciso que el fracaso no sea culpa suya sino de los otros, y halla esta explicación fantástica: si se le hubiese oído siete años antes, hubiera proporcionado más de cien millones de ingresos al Tesoro real. ¿De quién es la culpa? ¡Del reino de Castilla en donde «nadie le fué favorable»! Por el contrario, nunca ha sido tan bien acogido un extranjero desconoci-

do. Mas no; él lo niega todo, maldice a todo el mundo, aun al generoso duque de Medinaceli, de quien fué huésped durante dos años, y al Padre Antonio de Marchena. En otro documento dirá que solamente éste acudió en su ayuda. Pero cuando toma el camino de regreso, para él sólo hay en el mundo cuatro personas de las que no se queja: Dios, él mismo y Sus Altezas, ante las cuales va a proclamarse embajador de Dios.

CAPITULO VI

Colón, que había partido para Antilia, vuelve de las Indias, organiza su propaganda y prepara un nuevo viaje

Cristóbal Colón está decidido a volver a Castilla para preparar allí una nueva expedición con un número mayor de navíos y mejor tripulación. Pero, durante la primera quincena de enero de 1493, aun está en duda. Ya que no puede ver la capital del Gran Kan, la isla toda de oro, y aquella otra en que hay más oro que tierra, que-rría, por lo menos, llegar—aun cuando, no sea sino por amor a lo pintoresco y a la poesía—a otra isla de que le han hablado los hombres de la naturaleza. De la que le han hablado por señas; la habitan únicamente mujeres guerreras que una vez por año reciben la visita de los mozos de los países vecinos. Anteriormente le

habían hablado de otra isla habitada por antropófagos que no tienen más que un ojo. Y había visto sirenas. ¡Sirenas, amazonas, cíclopes! La imaginación del almirante vagabundea desde las maravillas de Marco Polo y de Mandevilla a las del mundo de la *Odisea*. No hallándolas, da, al fin, el 16 de enero la orden de poner la proa en derechura hacia Europa.

Desde esta fecha hasta el 10 de febrero en que sufrirá una terrible tempestad, cerca de las Azores, el viaje se hace sin incidente; cuatro semanas de calma y de vagar favorable para las meditaciones y los cálculos del hombre de negocios a quien ya no solicitan la belleza de los paisajes tropicales, ni los ensueños mitológicos. Pero no se despide de la imaginación; tiene necesidad más que nunca de asirse fuertemente a ella para el examen a que se entrega y el plan que prepara.

Desde el punto de vista comercial, el único fin de su viaje, ¿qué es lo que trae? Un puñado o dos de oro de placer—una miseria para quien había prometido una carga de pepitas, de perlas y de objetos preciosos—; lleva también la piel de un gran lagarto, cuya captura ha presidiado y que él llama serpiente, pieles de pájaros, peces salados, muestras de algodón en bruto e hilado, frutas secas, hierbas que él cree, aunque

no está muy seguro de ello, que son especias y que no lo son. ¡Cómo atreverse a esperar que los Reyes Católicos, decepcionados, le den la gran flota y los mil marinos que quiere pedirles para volver a las islas de donde viene, sin haber sacado por lo menos los gastos del viaje! Ha dejado en la Española una parte de su gente, encargada al tierno cuidado del rey Guacanagari; será necesario ir a recoger para traerlos de nuevo a España, pues no se halla pertrechada para construir una carabela. En suma, el Almirante dejó allí huéspedes. Pero, ¿y si fuese otro el encargado de traerlos? Siente calofrío; mas se rehace en seguida.

—¡Ya oigo que te celebra la trompa de la Fama!—le grita su Imaginación.

—¿Qué es eso, Imaginación? ¿No estás engañándome?

No; ella no le engaña. Ella le dice que un hombre como él llega siempre a sus fines cuando procede por afirmaciones categóricas, repetidas diez veces, cien veces, mil veces si hace falta. Le dice que, si le ha sido otorgado el don de la poesía, es para que pueda crear en el corazón y en el espíritu de los otros una fe y un entusiasmo iguales a los suyos. Le dice que con una publicidad bien organizada y conducida hábilmente se hace creer todo lo que se quiere

a los príncipes y a los pueblos. Ya ha pensado en esta publicidad: trae a Castilla cien papagallos y diez hombres de la naturaleza, no desnudos del todo, como sus madres los parieron —el pudor de las gentes civilizadas no lo permitiría—, pero al menos con taparrabo, y con la cabeza adornada de plumas. Está seguro de que este cuadro vivo producirá un efecto extraordinario. No se engaña.

Puesto que basta con afirmarlo, afirmará que vuelve triunfante, que Dios le ha atendido, que ha colmado todos sus deseos, que ha obrado maravillas en su favor y que le ha sostenido sólo contra todos, es decir, contra una tripulación de malhechores inspirada por Satanás. ¿Y el oro? Hay minas de inaudita riqueza en la Española y en Cuba. ¿Y las especias? No hay sino extender la mano para recogerlas a puñados en toda la extensión de centenares de islas cuya exploración comenzó. Importa que todo esto se sepa aun antes de que él comparezca ante el rey y la reina, a fin de que su puñado de oro y su fardo de plantas sin valor no produzcan una impresión desastrosa; importa que todo el mundo se disponga a festejarlo como a un Mesías. ¿A quién dirigirse? Sin ninguna duda: a los judíos, a los todopoderosos *marranos*, a los que ya debe tanto. A bordo escribe, pues, una larga

carta a Gabriel Sánchez, tesorero de la Corona, y otra a Luis de Santángel, acompañada de una copia de la primera. Ambos pliegos serán enviados a sus destinatarios a penas desembarque, y éstos no dejarán de comunicarlos a los soberanos; él esperará las respuestas para presentarse a la Corte. Escribe, pues:

«Conociendo que os será de placer que haya yo tenido feliz éxito en mi empresa, he dispuesto escribiros esta carta, que os manifieste todos y cada una de los sucesos ocurridos en mi viaje, y los descubrimientos que han sido su resultado. Treinta y tres días después de mi salida de Cádiz arribé al mar de la India, donde hallé muchas islas habitadas por innumerables gentes; y de ellas tomé posesión a nombre de nuestro felicísimo Monarca, a público pregón y aclamaciones, tremolando bandera y sin contradicción alguna.»

Esta carta contiene todo lo que podría pedir-se a su autor, hasta poesía, por más que ésta no preocupe de un modo especial a los *marranos*. «Cantaban el ruiseñor y otras varias e innumerables aves, y cantaban en el mes de noviembre, que era el tiempo en que yo registraba país tan delicioso...»

Pero viene a continuación la parte sustancial:

«Finalmente, para compendiar mi partida y

vuelta, así como para referir en breve las ventajas de este viaje, prometo que con pequeños auxilios que me suministren nuestros invictísimos Reyes, he de presentarlos cuanto oro se necesite, y tanta cantidad de aromas, de algodón, almáciga, que se encuentran sólo en Quio, y tanta de liñaloe, y tantos esclavos para el servicio de la marina, cuantos quisieren exigir Sus Altezas. Ofrezco lo mismo de ruibarbo y de infinitos géneros de aromas, que estoy ya persuadido han hallado y hallarán todavía los que dejé en la fortaleza; porque yo en ninguna parte me he detenido sino lo que me han obligado los vientos y lo que se tardó en edificar la fortaleza en la ciudad de la Natividad, y mientras di las providencias necesarias para una seguridad completa...»

Esa Natividad es «ciudad grande», de la que «tomó posesión especial», por estar «en sitio proporcionado, como de más ventaja y de más comercio».

Explotaría las minas y establecería relaciones con la tierra firme, tanto con la del lado conocido como con los Estados del Gran Kan.

Desde luego, esta ciudad no existe; no hay una sola ciudad, grande o pequeña, en las islas que ha visitado; no ha visto sino miserables aldeas de cabañas y de chozas. Pero él necesita una ca-

pital en la proximidad de las minas de oro y que sea el centro del comercio que piensa establecer con le país del Gran Kan asiático, que no se halla lejos y con el que de seguro entrará en relaciones al hacer su segundo viaje. Por esta razón su imaginación inventa la gran ciudad y las minas próximas. Natividad no es más que un fuerte de madera construido para defensa de los españoles dejados en Haití.

En fin, en estas islas hay tanta almáciga, canela, ruibarbo y áloe como grandes ciudades. Pero hay un producto que puede dar lugar a un comercio de exportación considerable y remunerador: la carne humana. Colón no se ha atrevido a decirlo en su voluminoso Diario, pero lo escribe en su carta a los dos *marranos*. ¡Expedirá tantos esclavos cuantos se le pidan! Y en la misma carta hay una página de apología de estos indios, tan cándidos y generosos. Tiene, pues, dos ideas, dos sentimientos en violenta oposición: el amor a los hombres de la naturaleza, y el deseo, que se va a hacer cada día más áspero, de reducirlos a la esclavitud, de transportalos a Europa y de venderlos a los civilizados corrompidos. Idealismo de poeta, de alma sensible, cálculo cruel de traficante, para quien todos los medios de hacer fortuna son buenos. Pero esta oposición no provoca lucha ni choques en su espíritu, ma-

driguera de todas las contradicciones. Cada idea, cada sentimiento está aislado de los otros y cada uno es utilizado a su tiempo, según las circunstancias. Por otra parte, los cantos en honor del hombre de la naturaleza no están aquí sino para responder a una objeción que espera de Santángel, pues éste ya la ha hecho: «Si esas islas se hallan pobladas por innumerables habitantes, ¿cómo podréis reducirlos a la esclavitud?» En realidad, no hay innumerables pobladores; por el contrario, son bien pocos y viven dispersos. Pero Colón pretende que hay millones y añade que no tienen armas, que son muy medrosos y que se podrá hacer de ellos cuanto se quiera. Ya tenemos al gran *marrano* contento y tranquilo.

La carta termina con un llamamiento a la publicidad, que es un himno incitador:

«Así, pues, el Rey, la Reina, los Príncipes y sus reinos felicísimos, como toda la Cristiandad, tributen gracias a Nuestro Salvador Jesucristo, que nos concedió tal victoria y prósperos sucesos. Celébrense procesiones; háganse fiestas solemnes; llénense los templos de ramas y flores; goce Cristo en la tierra, cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos así por la exaltación de nuestra Fe, como por el aumento de bienes temporales,

de los cuales no sólo habrá de participar España, sino toda la Cristiandad.»

Admiramos francamente, sin preguntarnos si es un frío calculador o un iluminado el que ha escrito estas estrofas. En su dolor, el tejedor italiano, convertido en almirante de Castilla y virrey, acaba de exaltarse y crear cortejos líricos, piadosos y regocijados para celebrar un triunfo imaginario. Pero lo más sorprendente es que hace a la vez una anticipación y una síntesis. El final de esta carta hubiera podido ser escrito y las promesas de fabulosas minas de oro que contiene podrían haber sido hechas cuarenta años después por un descubridor y conquistador que realizase él solo todas las proezas de Cortés, de Pizarro y de los otros héroes españoles. En su orgullo herido, que reacciona y tiende una celada a sus contemporáneos, Colón resume por adelantado la epopeya que acaba de comenzar.

También se anticipa cuando anuncia la conversión de innumerables pueblos paganos y magnifica el mérito ante Dios y la gloria que alcanzarán los Reyes Católicos. Otros y no él serán los que descubran verdaderamente y conquisten el Nuevo Mundo, que él niega, y realicen sus promesas. En él son éstas consecuencia de sus decepciones y de un error geográfico en el que será el único que persista.

LA VERIDICA AVENTURA

El objeto de su primer viaje era, diga lo que quiera la leyenda forjada por él mismo a su vuelta, descubrir islas ricas en oro, en especias y en piedras preciosas. La propagación de la Fe estaba totalmente ausente, hasta tal punto, que en esta expedición donde iban un notario y un platero, no llevaban un solo sacerdote, ni un solo fraile misionero, y sus tripulaciones, compuestas de cristianos fervientes, estuvieron privados de sacramentos y de auxilios espirituales. El carácter religioso de la empresa, la misión divina de Cristóbal no empieza a aparecer sino con las primeras decepciones, se agranda a medida que los fracasos se multiplican, y, finalmente, aun antes de que termine el segundo viaje, queda relegado a segundo término todo lo que no es de orden místico; hasta la sed de oro, tanto más alucinante cuanto que no se verá nunca satisfecha, estará en el plano religioso. Esto no le impedirá desobedecer a la reina y exportar esclavos. La curva aparece muy claramente en el Diario y en los escritos posteriores de Colón. En el comienzo, y durante los meses del retorno en que estamos, esto no es más que un cálculo. La sinceridad, la convicción vendrá después, con los asomos de locura.

Como vuelve con las manos vacías, se da cuenta de que es necesario ofrecer a los sobe-

ranos algo más que afirmaciones y nuevas promesas. A éstas, que son de un orden material les añade un elemento espiritual. Ofrece a la piadosa doña Isabel, al genio político y católico que acaba de libertar a España del yugo musulmán, la prosecución de su obra evangélica... ¿Dónde? ¿En Antilia y en otras islas del Océano poco pobladas? No; en primer lugar algunas son mayores y más populosas que España; él lo afirma, aunque sabe que esto no es verdad. Y, además, dice, que Cuba no es isla.

Este error capital es inexcusable, y puede suponerse voluntario, pues nada le autoriza a creer que Cuba sea parte del continente asiático. Junto así en el navío-almirante, tiene a Juan de la Cosa, uno de los navegantes más expertos y el primer cartógrafo y cosmógrafo español de la época.

—Esto es una isla—le ha dicho Juan de la Cosa—; encargad a una de las carabelas que siga la navegación a lo largo de la costa y la veréis volver al punto de partida.

¡No! Esto es parte del continente, y a la opinión motivada del hombre de ciencia y de experiencia, que se halla con él, opone las opiniones de Aristóteles, Averroes y Séneca, a quien no ha leído. ¡Tiene, además, en su favor a Solino!

—Según Solino—dice—, la travesía desde Ca-

bo Verde a las Hespérides no dura más de cuarenta días, cifra que otros sabios encuentran exagerada. Desde la salida de Canarias, nuestro viaje ha durado treinta y tres. Hemos pasado la Antilia. Estamos, pues, en las islas Hespérides. Y Cuba es el continente; pues, según todos los filósofos de la antigüedad, Asia no puede estar más lejos de España que las tierras a que he llegado.

Los filósofos... Solino..., las Hespérides... Ante los sueños del doctrinario autodidacto, supersticioso y pedante, el hombre de oficio ha levantado los hombros. Mas Colón acaba el poema de su descubrimiento coronándolo con estas dos palabras vagas, misteriosas, prodigiosas: las Indias; las Indias que son, dice, «el señorío más rico del mundo».



La tempestad comenzó el 10 de febrero y duró hasta el 15. El 12 el ímpetu de los vientos y las olas era tan violento que, durante esta jornada y las dos siguientes, las carabelas no cesaron un instante de estar en peligro de naufragar. Cambiando una vez más de opinión, el Almirante

declara en esta fecha en su Diario que «si no fuera la carabela tan buena y bien aderezada, temiera perderse.» En la jornada del 14 el peligro es tan grande que confía a las olas el cuidado de llevar a los soberanos las nuevas de su descubrimiento.

«Y por que supiesen Sus Altezas cómo Nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que deseaba de las Indias, y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes, lo cual dice que se puede cognoscer por la yerba y árboles, questán nacidos y crecidos hasta dentro en la mar, y por que si se perdiese con aquella tormenta, los Reyes hobiesen noticia de su viaje, tomó un pergamino y escribió en él todo lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho a quien lo hallase que lo llevase a los Reyes. Este pergamino envolvió en un paño encerado, atado muy bien y mandó traer un gran barril de madera, y púsole en él, sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que era alguna devoción, y así lo mandó echar en la mar.» El barril no se ha encontrado.

En la noche del mismo día las carabelas se apartaron la una de la otra a causa de la tempestad; el accidente ha sido relatado en estos términos, secamente, sin una palabra de sentimiento, aunque Colón debía forzosamente supo-

LA VERIDICA AVENTURA

ner que la *Pinta* y su tripulación habían sido tragados por las olas:

«Crecía mucho la mar y el viento, y viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela *Pinta*, en que iba Martín Alnso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante, y el otro le respondía, hasta que parece que no pudo más, por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante.»

El almirante no seguía ni podía seguir ningún camino. Estaba sin movimiento propio, a merced de los furores del agua y del viento, que a cada instante le envolvían en torbellinos y le empujaban en direcciones que cambiaban sin cesar. Estaba más imposibilitado de oponerles la menor resistencia, por cuanto la *Niña* carecía de lastre. A fines de diciembre había querido lastrarla en la isla de las Amazonas. Pero como no había encontrado esta isla fabulosa partió con lastre insuficiente. Para remediar la falta, en plena tempestad hizo llenar con agua de mar los toneles vacíos de a bordo.

Sea por azar, sea porque la *Pinta*, menos azotada, estuviera en mejor estado de navegar, y, sobre todo, por estar mejor dirigida, Martín

Alonso parece haber escapado más pronto que Colón a la tempestad. En todo caso, hay un hecho cierto: cuando la tormenta se apaciguó un tanto y pudo Martín Alonso volver a ser dueño de su camino, supo en dónde estaba y fué derecho al término—un puerto de España—sin caer en el error de hacer escala en un puerto extranjero, en donde las autoridades pudieran por celos suscitarles dificultades y aun tenderles emboscadas. Colón cometió dos veces esta falta

Ya no sabe dónde está. El 15 ha cedido el temporal, y se tiene la esperanza de que se acerca el fin de la tormenta. Se ve una tierra en el horizonte y a bordo se preguntan si se hallan a la vista de la roca de Cintra, cerca de Lisboa, de Madera o de las Azores. La *Niña* se encuentra a la altura de Santa María, una de las Azores, y hace varias bordadas para ganar esta isla. Al día siguiente, al salir el sol, aprovechando una calma, puede tomar el rumbo del sur, que le conduce a ella; pero hasta el 18 no está salva-da al fin y puede entrar en el puerto.

Los habitantes de aquellos lugares, dice el Almirante, se sorprendieron mucho de que un navío hubiese escapado a una tempestad que había durado quince días y fué tal que no había memoria de hombre que recordase otra tan espantosa; y aun se sorprendieron más al saber

que había descubierto las Indias. Ambas nuevas se divulgaron rápidamente por la isla. Uno de los primeros en informarse fué el gobernador, que envió en seguida tres delegados para llevar víveres frescos al Almirante, cumplimentarle en nombre suyo y anunciarle su visita para el día siguiente.

Al amanecer, una parte de la tripulación fué a tierra en una chalupa, yendo todos descalzos y en camisa para cumplir en una ermita el voto hecho durante lo más fuerte de la tempestad. En el camino los atacó una patrulla que el gobernador había puesto emboscados y que los hizo prisioneros. Poco después el gobernador, tomando con algunos otros soldados la barca se acercó a la carabela, y tuvo una corta conversación con Colón, quien le dijo quién era y protestando contra la violación del derecho de gentes y la perfidia de que se hacía víctima a la reina de Castilla en la persona de su Almirante, anunció terribles represalias.

Cuando el gobernador se hubo retirado, el Almirante, temiendo que las tropas de la isla le tomasen el navío si anclaba en el puerto, salió a alta mar cuando la tempestad empezaba de nuevo. Durante dos días y medio la *Niña* estuvo otra vez en peligro, mayor si se quiere, porque no tenía a bordo sino a tres marineros ex-

perimentados; los demás eran novicios, pues la mejor parte de la tripulación había quedado prisionera.

El 22 de febrero, Colón vuelve al puerto. El mismo día la barca, con dos sacerdotes y un notario portugués, se acerca a la carabela. Fueron recibidos a bordo, y a petición suya, el Almirante les mostró sus cartas patentes y la documentación de a bordo. En cuanto hubieron dado cuenta de su misión al gobernador éste puso en libertad a los prisioneros, que volvieron al navío en la misma barca.

«De los cuales supo—concluye el Diario—que si tomaran al Almirante, nunca lo dejaran libre, porque dijo el capitán quel Rey, su señor, se lo había mandado.»

Colón no está seguro de que fuesen tales las órdenes del rey. Pero su hijo Fernando, sin más documento que estas líneas, no vacila en forzar la nota: «Entonces, dice, se nos devolvió la barca y nuestras gentes, que habían sabido en la isla que el rey de Portugal había enviado orden a todos sus súbditos de hacer prisionero al almirante, donquiera que le encontrasen.»

La leyenda colombina se enriquece con un nuevo episodio. Que el gobernador de Santa María suscitase dificultades a Colón y aun arrestar a algunos marinos que bajaron a tierra, es

cosa posible. Pero que el rey haya dado en todo su reino lo orden de hacerle prisionero, extendiendo esta orden a todos los lugares del mundo en que los súbditos portugueses pudieran encontrarle, es el colmo de la inverosimilitud; con tanta más razón cuanto que no se puede imaginar al caballeresco Juan II exponiéndose a una guerra con Castilla por un motivo en el que toda la justicia hubiera estado de parte de los Reyes Católicos.

Fueran los que fueran los incidentes de Santa María, constituían una seria advertencia para que Colón se dirigiese cuanto antes a un puerto español. Pero él tiene otra idea en la cabeza: el Almirante de Castilla, virrey de las Indias, quiere entrar triunfalmente en la capital del rey que ha dado a todos sus súbditos la orden de arrestarle, en aquella Lisboa en donde, nueve años antes, han sido rechazadas sus proposiciones, y de la que ha tenido que huir precipitadamente, no se sabe por qué delito! La historia dice que no puede obrar de otro modo; que se vió obligado a ello por la tormenta. Es verdad que el 28 de febrero, según el Diario, el Almirante fué arrebatado de su ruta por los vientos contrarios y la violencia de las olas. Pero no es menos cierto que, al dejar las Azores, no aparece en ninguna parte que tuviese voluntad de enca-

minarse directamente hacia España. La tempestad se reanuda pronto, las velas del navío se rompen, y el 4 de marzo se encuentra en el surtidero de Cascaes, en la desembocadura del Tajo.

En seguida escribe al rey, pidiéndole una audiencia y autorización para entrar en el puerto de Lisboa. Juan II estaba en su residencia de Valparaíso, a nueve leguas de la capital. La gestión y la entrevista se relatan en el Diario de la manera siguiente:

«Luego escribió el Almirante al rey de Portugal, que estaba nueve leguas de allí, de cómo los Reyes de Castilla le habían mandado que no dejase de entrar en los puertos de Su Alteza, a pedir lo que hoviese menester, por sus dineros, y quel Rey le mandase dar lugar para ir con la carabela a la ciudad de Lisboa, porque algunos ruines, pensando que traía mucho oro, estando en puerto despoblado, se pusiesen a cometer alguna ruindad, y también porque supiese que no venía de Guinea, sino de las Indias.»

«9 de marzo.—El Rey le mandó recibir a los principales de su casa, muy honradamente, y el Rey también le recibió con mucha honra, y le hizo mucho favor, y mandó sentar, y habló muy bien, ofreciéndole que mandaría hacer todo lo que a los Reyes de Castilla y a su servicio com-

pliese complidamente, y más que por cosa suya. Y mostró haber mucho placer del viaje haber habido buen término y se haber hecho; mas que entendía que en la capitulación que había entre los Reyes y él, que aquella conquista le pertenecía. A lo cual respondió el Almirante que no había visto la capitulación, ni sabía otra cosa, sino que los Reyes le habían mandado que no fuese a la Mina, ni en toda Guinea, y que así se había mandado a pregonar en todos los puertos del Andalucía, antes que para el viaje partiese. El Rey graciosamente respondió que tenía él por cierto que no habría en esto menester terceros. Dióle por huésped al prior del Clato (Crato), que era la más principal persona que allí estaba, del cual el Almirante rescibió muy muchas honras y favores.»

Durante los tres días siguientes, Colón fué colmado de finezas y atenciones por todos los cortesanos; fué recibido con la misma afabilidad por la reina, que estaba entonces en otro castillo de la vecindad. El 12, el rey le hace saber que si quería ir a Castilla por tierra, le ofrecía caballos y todo cuanto necesitara y le haría escoltar para que no careciera de nada. El rey y los señores de su Corte no quieren saber sino una cosa: Cristóbal Colón es el almirante de Castilla; debe, pues, ser recibido con los hono-

res, propios de su rango, que han de ser tanto mayores cuanto que los soberanos de Portugal están emparentados con los de Castilla y Aragón.

Queda fuera de duda que el rey de un pueblo de descubridores gloriosos, y hasta entonces no igualados, no ve sin pena entrar en liza al vecino para disputarle la palma y comenzar de un modo tan brillante con el descubrimiento de las Indias; pero como es un perfecto caballero, no necesita hacer el menor esfuerzo para ocultar su despecho bajo un refinamiento de cortesía exquisita. Durante estos cuatro días, Colón se conduce también como un caballero. Pero su verdadera naturaleza reaparece pronto. Algunas semanas antes, había escrito en el Diario una acusación odiosa contra el rey de Portugal; el 12 de marzo se abstiene de toda rectificación. A pesar de la recepción de Valparaíso, la leyenda persiste, y tarda en añadirse a ella un episodio más odioso aún: los señores portugueses, que, siguiendo el ejemplo de su rey, tuvieron el mayor empeño en servir a Colón, habían formado el proyecto de asesinarle; proyecto que fué discutido, se dice, por el Consejo de la Corona en presencia del rey. «Queríamos poder dudar de tal infamia», escribe Roselly de Lorgues, que de nada duda cuando se trata de vilipendiar a

LA VERIDICA AVENTURA

un hombre o a un pueblo para engrandecer a su héroe. La duda se impone tanto más cuanto que el almirante y su hijo no hacen la menor alusión al conciliábulo. Pero hay una explicación para este silencio. ¡Cristóbal—que no cesa de tratar de criminales a las personas más dignas—ha callado por generosidad, y Fernando, por caridad! No obstante, como Colón salió de Lisboa, sano y salvo, el 13 de marzo, la leyenda añade que Juan II no permitió el asesinato, porque era buen católico, por amor a la ciencia y a la navegación. Además, Colón ejercía ascendiente sobre él.



Mientras el almirante corría peligro, según su propia confesión, de ser aprisionado en país extranjero y por lo menos, se exponía con su tripulación a sufrir bejámenes, Martín Alonso Pinzón había conducido la *Pinta*, sin incidente, ni accidente al puerto gallego de Bayona cerca de Pontevedra. Después de algunas semanas de descanso, se da a la vela para dirigirse a Palos, a donde llega solo algunas horas más tarde que

Colón, el 15 de marzo. Desde Galicia había escrito a los Reyes Católicos. Pero la hora del castigo divino va a sonar para el «traidor».

La leyenda colombina es aquí de tal modo edificante y melodramática, que hay que citar textualmente:

«Toda la tripulación de la *Pinta*, dice Roseilly de Lorgues, estaba completa, y los que habían quedado en la Española, ninguno era natural de Palos. Colón podía, con buen derecho, dirigir a las gentes de aquel puerto que le habían detestado y maldecido, las palabras del Buen Pastor: «No he perdido a ninguno de los que me dísteis.» Así es que el gozo de los habitantes estaba colmado. Al ver que el Almirante les devolvía a todos los que le habían sido confiados, no sabían cómo demostrarle su más profunda admiración.»

Pero entre los que fueron dejados en la Española como huéspedes de los salvajes de alma sensible había algunos de Palos, aunque se escriba lo contrario. Ninguno de ellos volverá. Son más de la tercia parte de la tripulación. ¡Poco importa! ¡El nuevo Buen Pastor no ha perdido ninguna de sus ovejas! Por lo demás, los habitantes de Palos han sido iluminados por la gracia divina, pues en la mañana del 15 de marzo, cuando vieron entrar solamente a una de las

LA VERIDICA AVENTURA

tres carabelas en el puerto, no tuvieron la menor sospecha de que las otras dos podían haberse perdido. «Una explosión de gozo resonó en seguida de un extremo a otro del pueblo.» El gozo estaba ya en su colmo; la llegada de la *Pinta* no le añadió nada.

«Al ver flotando el pabellón del Almirante sobre el palo mayor de la *Niña*, Martín Alonso fué presa de confusión. Por miedo a que su jefe le hiciera prender y poner grilletes, como tenía derecho a hacerlo, se esquivó vergonzosamente, con rabia en el corazón, del clamor del triunfo que rodeaba a aquél a quien quería suplantarlo.»

Colón, que había enviado un nuevo mensaje a los Reyes Católicos, anunciándoles su regreso, recibió una invitación de ellos para ir a la corte, que estaba en Barcelona. Por su lado, Pinzón había recibido una respuesta de la reina; esta carta se ha perdido; nadie puede saber lo que contenía. Pero la leyenda lo ha adivinado:

«Hasta después de la partida de Colón, Martín Alonso no se atrevió a entrar en Palos. También él había recibido una contestación de la corte; una contestación aplastante para su orgullo, que completaba por su severidad el castigo de la envidia. Este último golpe se llevó su postrer esperanza. La envidia odiosa encendió en su sangre una fiebre que le

consumió rápidamente. Navegante consumado, Martín Alonso hubiera podido conservar un sitio glorioso al lado del Almirante, y asociarse a la inmortalidad de su descubrimiento, si, empleando la frase de Colón, hubiera sabido comprender «el honor» que le había dispensado llevándole consigo. Por haber querido ser el primero, cuando no estaba destinado sino a ser el segundo, perdió el fruto de sus trabajos, el precio de sus peligros, y cuanto poseía antes de su partida: la dicha y la consideración; abrevió su vida, que había manchado con la deserción, la insubordinación, la violencia, el fraude y la impostura.»

¡El Judas del Embajador de Dios murió, pues, de rabia y de celos! La verdad es que murió de una enfermedad ordinaria, llorado por toda la población de Palos, y por sus amigos y admiradores los franciscanos de la Rábida. La carta dirigida desde Bayona a la reina es probable que contuviera simplemente el anuncio de su feliz arribo, y temores acerca de la suerte de la *Niña*—lo mismo que en la *Niña* se temía por la *Pinta*—. Acaso solicitaba audiencia. Verosíblemente la reina respondería con algunos cumplidos y una invitación para ir a la Corte. Esto es lo más probable, pues si hubiera escrito, en su calidad de capitán de una de las tres carabe-

LA VERIDICA AVENTURA

las y de principal «partícipe» de la empresa, una acusación apoyada por los pilotos de su embarcación y por toda una tripulación adicta a su persona, se hubiese abierto una investigación. Pero muere sin haber formulado esa acusación. Cristóbal Colón podrá contar a la reina cuanto quiera, seguir afirmando cuanto le plazca y prometer maravillas: montañas henchidas de oro y reinos riquísimos.



Para presentarse en la Corte el Almirante atraviesa toda España de suroeste a nordeste, acompañado de sus papagayos y de seis salvajes; de estos últimos uno había muerto durante la travesía y los otros tres quedaron enfermos en Palos.

Del viaje por tierra ha hecho la leyenda una marcha triunfal, a la que pocos espectáculos de la historia pueden ser comparados: entusiasmo delirante de la muchedumbre, que sale al paso del Descubridor de las Indias, brazos de flores arrojados a los pies de su caballo, procesiones, iglesias resonantes de las acciones de gracias de todo un pueblo, bendiciones... Nada fal-

ta en ella. La leyenda tomó al pie de la letra todo cuanto el almirante había soñado, deseado y pedido en el final de su carta a los dos judíos, y todo le concedió. El trompetazo formidable de la propaganda ha tenido eficacia, pero solamente a los ojos de la posteridad. En la realidad y en abril y mayo de 1493 no ocurrió nada semejante.

La leyenda ha hecho también de la entrada del triunfador en Barcelona, y de su primera entrevista con los Reyes, el 15 de abril, un espectáculo inaudito, pues «en su entusiasmo el pueblo, excediéndose con esta ovación a las órdenes de los Reyes, la etiqueta tan rigurosa de la Corte, tuvo que flaquear y ceder al empuje unánime.» En comparación de todo lo que se ha escrito algunos siglos después sobre esta jornada, Fernando Colón es bastante sobrio:

«El Rey, comprendiendo el gran servicio que el Almirante acababa de hacer al Estado, dice, mandó a todas las gentes de la Corte que se presentasen para la ceremonia. Le recibió públicamente con mucha ceremonia, sentado en un trono magnífico, cubierto de un dosel de brocado de oro. Después que el Almirante le besó las manos, le hizo sentar, y habiendo oído algunas cosas de su viaje y de la fortuna de sus empresas, mandó que se le condujera a otra habita-

ción, dispuesta para el efecto, y a la que le acompañó toda la Corte. Recibió tales honores mientras estuvo en Barcelona que cuando el rey marchaba por la ciudad el Almirante iba a un lado y el infante al otro, cosa que no se había visto hasta entonces.»

Esto es todo, y esto ya es muchísimo. Existe un registro de la municipalidad de Barcelona en donde están consignados día por día todos los acontecimientos que ocurrían en la ciudad; los hay de poca importancia, y hasta crónica de policía. Sin embargo permanece mudo ante la llegada de Colón y su recepción por los reyes.

No obstante, Gabriel Sánchez, dándose cuenta del efecto que podía producir la carta que el Almirante le había escrito durante la travesía, mandó que se imprimiese y que se la diese circulación. Algunos ejemplares fueron enviados a Italia, a Francia y a Alemania. Parece que a causa de la ilusión de grandeza que ordinariamente produce la distancia, el resultado fué más brillante en el extranjero que en España. Antes de que transcurrieran seis meses se había publicado en Italia un poema acerca del descubrimiento de las nuevas islas indianas; después, un poema alemán celebra las islas de oro pobladas por gentes desnudas.

El italiano Aníbal Januario, que se hallaba en

Barcelona, escribió a su hermano, embajador del duque de Ferrara en la corte de Ludovico el Moro, una carta que dió la vuelta a Italia. Las Indias y los hombres sensibles son celebrados en ella.

«Al cobrar confiarse aquellos hombres, pues son inteligentes, se alcanzó el fin deseado y por señas y otros medios, dijeron que aquellas eran islas de las Indias. Los indígenas fueron contando en las casas vecinas y en las ciudades, que había llegado un enviado de Dios, y, siendo todos de buena fe, tuvieron efusiones de ternura y cariño con el Almirante.»

De estas islas hay dos, cada una de las cuales es mayor que Inglaterra y Escocia, y otra mayor que España; tienen ciudades y se encuentran en las Indias. Las afirmaciones del almirante han encontrado aceptación.

El mejor agente de la publicidad y del *bluff* colombino en Italia y en las casas de algunos grandes señores y prelados españoles—agente benévolo, entiéndase bien—es Pedro Mártir de Anglería, el autor de epístolas, que es casi como decir, el periodista más ingenioso de la época. El es el primero que da la noticia al extranjero, en una carta a su amigo Juan Borromeo, con fecha del 14 de mayo de 1493; y lo hace sin darle una gran importancia; otras novedades re-

cientes le interesan más, pues él aun no ha visto al almirante:

«...Han transcurrido algunos días desde que llegó de los antípodas cierto Cristóbal Colón, genovés, que obtuvo con grandes instancias tres navíos de mis soberanos para esta expedición. Se miraban, en efecto, sus proyectos como quiméricos. No obstante, está de vuelta, cargado de mercancías preciosas, y sobre todo, de oro, que se recoge naturalmente en aquella región. Estas son las pruebas de su viaje, pero pasemos a otros asuntos...»

Ya las promesas de Colón se han transformado en realidades. ¡Ha vuelto cargado de mercancías preciosas y de oro!

Después de haber conocido al almirante y de haber oído de su boca las fábulas más hermosas del mundo, sobre los hombres de la naturaleza y las riquezas de las Indias, Pedro Mártir deja en su correspondencia que fluya un entusiasmo muy sorprendente en él. Una carta del 13 de septiembre al conde de Tendilla y al arzobispo de Granada, comienza con exclamaciones: «¡Elevad vuestros espíritus, sabios ancianos! ¡Oíd un descubrimiento extraordinario!... Colón anuncia que ha descubierto maravillas. Muestra oro para probar la existencia del oro en aquellas regiones...»

«¡Se nos anuncia maravillas!»—escribe el mismo día al cardenal Ascanio Sforza.

Finalmente, en su carta al filósofo Pomponio Laeto, resume sus propias impresiones y las que ha suscitado en sus corresponsales.

«Habéis saltado de gozo y no habéis podido retener las lágrimas de alegría al recibir las cartas por las que os confirmaba la noticia del descubrimiento de un mundo hasta ahora escondido en los antípodas. Por vuestra respuesta he comprendido cuál ha sido vuestra emoción. Vuestra impresión y vuestro juicio han sido los que convenían a un hombre tan docto y erudito como vos. ¿Hay alimento que más agrade a los espíritus selectos? ¿Conocéis salsa más suave? A mí me parece que experimento los sentimientos de un bienaventurado cuando puedo hablar con uno o con otro de los que vuelven del Nuevo Mundo y que supieron hacer observaciones...»

Este es el triunfo obtenido por la poesía del exotismo, por la afirmación de que se han descubierto los hombres de la naturaleza en una tierra fabulosamente rica, por la mentira, por un error geográfico, por la publicidad. Si en 1493 Colón hubiera dicho: «Acabo de descubrir el archipiélago de las Antillas», contando sencillamente lo que había encontrado en él, habría dicho la

LA VERIDICA AVENTURA

verdad, sin llamar la atención de Europa en mayor grado que otros españoles y portugueses descubridores de islas. Pero escribe, habla, grita dos palabras prodigiosas: las Indias. Se pone una aureola de ilusiones y de espejismos. Para demostrar que viene de esa tierra, exhibe sus papagayos y sus seis salvajes adornados de plumas, con cuerpos, rostros y color diferentes de los negros que los portugueses traen de Africa.

La publicidad por medio de los papagayos es un recurso genial del caprichoso y romántico almirante; nadie sino él hubiese tenido la idea de reemplazar el oro que no había podido encontrar por un jardín zoológico. Los papagayos rinden un testimonio valioso. El escéptico Pedro Mártir, que aun cuando se exalta, cosa que no le sucede con frecuencia, o aun cuando finge exaltarse, no pierde la sonrisa, está muy cerca de ceder al entusiasmo. Cede en todo caso a su gusto por el exotismo y escribe al Cardenal Ascanio Sforza:

«Traen de su viaje como cuarenta papagayos, unos verdes y otros amarillos del todo, éstos, parecidos a los loros de la India, con el cuello encarnado, como los describe Plinio; pero todos con un plumaje brillantísimo. Tienen alas verdes o amarillas, entrelazadas de plumas azules

o purpúreas; esta variedad encanta a la vista. Me he detenido, ilustre príncipe, dándoos detalles sobre estos loros, y, sin embargo, la opinión de Colón parece estar en contradicción con el tamaño de la esfera y la teoría de los antiguos acerca de la circunnavegación del universo. Los pájaros y muchos objetos traídos de los países descubiertos, paracen indicar, sea por la vecindad, sea por las producciones, que las tierras pertenecen a la India, sobre todo cuando recordamos que Aristóteles en el final de su *Tratado del cielo y de la tierra*, Séneca y otros sabios, han afirmado siempre que la India no está separada de España, en el sentido occidental sino por una corta distancia marítima.»

Pero esta teoría de los filósofos antiguos, aun confirmada por los papagayos, no basta para convencer a los especialistas del arte náutico y de la cosmografía de que el almirante vuelve de las Indias. Apenas llega Colón a Barcelona emiten dudas, hacen objeciones, y por último, afirman a su vez que entre las islas descubiertas por el almirante y las Indias, hay una vasta extensión de mar. Prudentemente los Reyes Católicos emplearán un término vago y escribirán en los documentos oficiales, que estas islas están «del lado de las Indias» o «en la parte de las Indias». Pronto no estarán sino en el ca-

LA VERIDICA AVENTURA

mino de las Indias, cosa de la que nadie puede dudar, y, un poco más tarde, cuando Colón sea ya el único que crea que ha arribado al Asia, se conservará el nombre de Indias, pero se las calificará de *Occidentales*, para distinguirlas de las asiáticas.



Algunos días después, la reina recibe al almirante en audiencia privada. Es demasiado fácil imaginar, por la correspondencia y otros documentos de la época, una parte de aquella conversación, a la que asistió la marquesa de Moya, íntima amiga de la reina. Esta, que hasta entonces sólo había podido ver a la ligera el Diario del Descubridor, le dijo que iba a leerlo con la mayor atención y que ya numerosas páginas le habían cautivado por su poesía, la descripción de una naturaleza maravillosa y las costumbres de los indígenas, así como por la promesa de los bienes materiales y de la conquista de almas que contenían.

—Señora—respondió Colón—, cuanto dije antes de partir se ha realizado; todo cuanto anuncio en el Diario y en mis cartas se cumplirá, con

la ayuda de Dios y el apoyo de Vuestra Alteza. En Vuestra Alteza recae el mérito de mis trabajos, pues ordenó que la empresa fuese realizada. En esto muestra los grandes sentimientos que siempre la han llevado a las cosas nobles y elevadas, puesto que cuantos habían oído los detalles del proyecto y la manera de ejecutarlo, unánimemente le miraban como cosa de burla, excepto dos frailes que siempre fueron constantes en la opinión favorable que habían concebido desde el primer momento...

—¡Oh!—exclamó la reina, interrumpiendo al almirante—. Los Padres Juan Pérez y Antonio de Marchena son excelentes amigos vuestros y han contribuído mucho a haceros obtener todo lo que nos habéis pedido. ¿Pero olvidaréis a los otros, D. Cristóbal? No habéis encontrado en torno nuestro ningún enemigo personal; hasta los que se habían opuesto a vuestra empresa experimentaban una simpatía personal hacia vos y deseaban que continuárais a nuestro servicio. ¡Y cuántos han intercedido en favor vuestro con el rey y conmigo! La marquesa de Moya y Luis de Santángel, para no mencionar sino a dos, acudieron a nuestras puertas en Granada, y allí se encontraron para hacer la suprema gestión, cuando acabáis de dejar la corte diciendo que os íbais a Francia. ¿No es verdad, Beatriz?

LA VERIDICA AVENTURA

—Señora—respondió la marquesa, que no quería al *marrano*—, fué una casualidad que mi visita coincidiera con la del tesorero de la Santa Hermandad. Jamás me he puesto de acuerdo con él para nada. Fué vuestro antiguo confesor quien me pidió que me interesara por los proyectos de D. Cristóbal. Y—añadió volviéndose hacia el almirante—después de una conversación con vos, me decidí a repetir a Su Alteza todas las razones que me habían sido expuestas por el Padre Juan Pérez y por vos mismo.

—Señora—dijo Colón a la reina—yo no olvido a ninguno de los personajes que me han protegido y sostenido en medio de mi prueba, y guardo un reconocimiento particular hacia la señora marquesa de Moya. Iba a completar mi pensamiento, diciendo que los Padres de la Rábida fueron mis primeros protectores, me pusieron en relación con los otros y que sin ellos no hubiese podido llegar a la corte. A mi vuelta a Palos he hablado durante largas horas con ellos. Les he contado por menudo los descubrimientos que hice, y les mostré los bienes de toda suerte que resultarán, sin duda alguna, para la Corona y para la gloria de Dios. El Padre Juan Pérez me ha encargado que presentase el testimonio de su profundo respecto a los pies de Vuestra Alteza y le dijese que él espera, como

yo, con la gracia de Dios, que Vuestra Alteza y su augusto consorte se determinarán prontamente a enviar a las islas de las Indias que he descubierto, y cuya exploración he comenzado, misioneros que traigan a la Iglesia tan grandes pueblos, convirtiéndoles a la fe, lo mismo que habéis destruído a aquellos que no han querido confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y cuando terminéis vuestra carrera (pues todos somos mortales), la mayor tranquilidad reinará en vuestros Estados, libres de la herejía y de las falsas doctrinas, y seréis recibidos ante el Ser Supremo, al que pido os conceda una larga vida, con el gozo de haber añadido a vuestros Estados los mayores reinos y señoríos, y de darles la voluntad y disposición de aumentar la Santa Religión Cristiana, como lo hiciteis hasta el presente.

—Ya he hablado de este asunto con el Padre Boil, y mandaré por el Padre Juan Pérez, cuyas luces me serán de gran socorro. Temo únicamente que la conquista de estas tierras lejanas exija ejércitos considerables, gastos y esfuerzos superiores a la capacidad de nuestros reinos, que apenas comienzan a disfrutar de la paz, después de largos períodos de guerras.

—Todo se hará, Señora, si Dios quiere, sin guerra y también sin grandes gastos, pues los

LA VERIDICA AVENTURA

productos de estas islas bastarían para sostener aparte de sus habitantes a todos los de Francia, Italia, Portugal y España. Suplico a Vuestra Alteza crea que aquellas tierras, y sobre todo las de la isla Española, son tan buenas y fértiles, que no podría decir hasta qué punto llega su fecundidad y que nadie puede creerlo si no lo ve con sus propios ojos. Le ruego que esté convencida de que aquella isla y todas las otras no le pertenecen menos que Castilla, pues no hace falta para reinar en ese país sino establecerse en él y ordenar a los habitantes que hagan lo que desee. Y, en efecto, seguido únicamente por las gentes de mi flotilla, que no eran muy numerosas, he podido recorrer como señor todas las islas, pues he visto con frecuencia bajar solamente tres marineros míos y con su presencia, hacer huir a una multitud de indios, a los que, sin embargo, no pretendían causar ningún mal. No tienen armas, y están muy lejos de poseer un espíritu belicoso; van desnudos del todo y son tan tímidos, que mil de ellos no esperarían a pie firme a tres hombres resueltos. Sin la menor violencia, he podido tomar posesión de una gran ciudad que está cerca de varias minas de oro y a la que he llamado la Navidad.

—¿Y el rey del país os ha dejado obrar como dueño?

—¿El rey? ¡Ah!, señora, acerca de los indios de aquella isla y de su rey podría decir a Vuestra Alteza cosas que se negaría a creer, pues parecen imposibles a los que no las han visto. Para ellos nosotros somos unos enviados del cielo y el rey es el más leal, el más sumiso de los vasallos de la Corona de Castilla. Yo he recorrido los mares casi sin interrupción, durante veintitrés años, he visitado todos los países de Levante y de Poniente, he estado en el Septentrión, en Inglaterra, he recorrido la Guinea, conozco Italia, España y Portugal; pero en ninguno de estos lugares se encontraría un hombre de corazón tan puro y de un alma tan sensible como el rey Guacanagari. Después de haber hecho con él una estrecha alianza, he tomado todas las precauciones para asegurar la vida, la salud y la protección de las 38 personas que he dejado en la Española para continuar la exploración de la isla, que es más grande que España. ¡Precauciones supérfluas! El rey, lleno de piedad por los destarrados voluntarios, derramaba lágrimas abundantes, y prometía no descuidar nada de lo que pudiera hacer para ayudarles. Ya había llorado a mi vista en otras circunstancias. Fué particularmente admirable por la bondad y sensibilidad de su alma, el día que perdimos la *Santa María*: su dolor fué mayor que el mío.

LA VERIDICA AVENTURA

Sus súbditos, vasallos de Vuestra Alterza, no son menos sensibles, buenos y pacíficos. Y aun cuando Vuestra Alteza ordenara tomarlos todos y traerlos a Castilla, o tenerlos cautivos, en su misma isla, nada sería más fácil.

—¿Qué queréis dar a entender con esto, don Cristóbal?

—Que aquellas islas podrían proporcionar a España cuantos esclavos quiera Vuestra Alteza.

—No—exclamó la reina levantando la voz—. Yo no quiero eso, D. Cristóbal. Ni uno solo de esos hombres que nos pintáis, tan virtuosos y dulces, será el esclavo de nadie. Tendrán las mismas libertades y privilegios que nuestros súbditos de Castilla. De los que habéis traído, uno o dos se quedarán en España, durante un tiempo más o menos largo, si ellos quieren hacerlo, para aprender nuestra lengua, y hacerse buenos cristianos y ser un ejemplo digno de imitación por los de su raza. Los otros volverán a su país cuando volváis vos.

En pocas palabras, doña Isabel acababa de definir su política indígena, que Cristóbal Colón, en su sed de enriquecerse por todos los medios, será el primero en desconocer.

El almirante, desconcertado, se mordió los labios, mientras la reina preguntaba a la marquesa:

—¿Qué pensáis, Beatriz, de la idea de traer aquí indios esclavos?

—¡Es un horror!—respondió ella vivamente—. La idea viene sin duda de Luis de Santángel; yo le he oído hacer algunas alusiones a ella en una conversación a que estuve presente, poco después de la partida de D. Cristóbal.

—En efecto, él es el primero y el único que me habló de ello. Pero en esto, como en todo, no se hará sino aquello que Vuestra Alteza ordene o autorice. Vuestros súbditos de las Indias, bien dispuestos para obedecer y ejecutar los trabajos que se les manden, podrán construir ciudades y extraer el oro de las minas y de los ríos. Les enseñaremos a vestirse, les acostumbraremos a nuestros usos.

—Nos queremos ante todo que se les haga cristianos y agricultores. Según vuestro Diario, esas islas son de una fertilidad extraordinaria...

—Aseguro a Vuestra Alteza que no parece que pueda haber bajo el sol un país más fértil, de una temperatura más agradable y regular, mejor provisto de aguas abundantes, buenas y sanas, y muy diferentes de las de los ríos de Guinea que sólo engendran enfermedades y contagios.

—Si no he comprendido mal, las páginas que he leído de vuestro Diario, las islas, la España-

LA VERIDICA AVENTURA

la, sobre todo, pueden llegar a ser los países agrícolas más ricos del mundo, a causa de la exuberante fertilidad de su suelo; aun no lo son, pero llegarán a serlo, por lo que los españoles llevarán y crearán en ellas.

—¡Ah, Señora!—repuso el Almirante, mirando a la reina con inquietud y sorpresa—, suplico a Vuestra Alteza crea que no hay actualmente países que puedan serle comparados por la riqueza y abundancia de los productos agrícolas.

—Los habitantes no cultivan suficientemente la tierra. ¿De qué viven?

—De lo que la tierra les da generosamente. Por otra parte, poseen todas las virtudes y son los hombres más sobrios que existen. Yo creo que hay en aquellas islas muchas plantas que son de un gran precio para tintes, medicamentos y especias; pero yo no sé conocerlas, cosa que me causa gran pena. He traído algunas muestras, para que los naturalistas puedan examinarlas. He encontrado unos árboles de una especie desconocida en España, que dan frutos de un sabor delicioso, y lentiscos de cuyas raíces hacen pan los indios. Estos países están llenos de niamas, que se parecen a las zanahorias y saben a castaña. Los habitantes los cultivan con mucho cuidado. Hay también habichuelas,

habas, avellanas, goma buena para los dolores de estómago...

Colón, no encontrando ya nada que añadir, acaba bruscamente su enumeración. El producto que tiene gusto de castaña y se parece a la zanahoria, es la batata (1). Ha encontrado otro al que no ha prestado gran atención: una hierba que los indígenas queman para aspirar el humo, esto es, el tabaco.

—Entonces—dice la reina—será preciso que los agricultores españoles que vayan a habitar esos países lleven a ellos cepas de viña y esquejes de nuestros árboles frutales; simientes de trigo, cebada y de todas nuestras legumbres que son allí desconocidas.

El Almirante abre desmesuradamente los ojos asombrados. Jamás había pensado que España pudiera enriquecer a las Indias con sus productos agrícolas y sacar provecho de ello. Pero aun no está al cabo de las sorpresas.

—¿Y animales?—pregunta le reina—. Me pa-

(1) El *niame*, *ñame* o *aje*, especie de batata, servía para hacer pan, y tiene gusto de castaña. El otro pan de que habla es el *cazabi* o *cazabe*, hecho con la raíz de la planta llamada *yuca*. Del *niame*, dice: «raíces como zanahorias, que sirven por pan, muy sabrosas, propio gusto de castañas. Aquí las hay más gordas y buenas que había visto en ninguna parte, porque también diz que de aquéllas había en Guinea».

rece, por lo que he leído, que no habéis encontrado muchos.

—¡Oh!, los papagayos son tan numerosos que cuando vuelan en bandada oscurecen el sol. También hay mil suertes de pajaritos...

—Hablo de animales domésticos.

—No he visto ni corderos, ni cabras, ni caballos, ni toros, ni ninguna otra bestia. Es verdad que he permanecido poco en cada isla, pues para verlo todo detenidamente hubiese necesitado más de cincuenta años; pero si hubiera allí animales domésticos no hubiera dejado de ver alguno. Sin embargo, he visto un día unos huesos que me han parecido de una cabeza de vaca.

—Pero no habéis encontrado ninguna viva. En consecuencia, las islas de la India, tan ricas en oro, y tan fértiles, carecen, no solamente de los productos agrícolas de que acabamos de hablar, sino también de los animales domésticos. Los salvajes pueden prescindir de ellos, pero no así los europeos. Habéis de llevar, pues, corderos, cabras, caballos, jumentos, toros y vacas y todo lo demás... ¡Ah!, y será preciso no olvidar el cerdo, que es un animal tan útil, y que no falten gallinas y conejos.

El Almirante queda estupefacto. Conejos..., gallinas..., vacas..., corderos... Toda una carabela transformada en arca de Noé. ¿Y para qué,

Dios santo, si los españoles no van a las Indias sino para buscar oro y, por añadidura, convertir al cristianismo a los indígenas, que siempre han vivido dichosos sin animales domésticos, ni cereales y legumbres de España?

La reina le explica el por qué, pues si ella ha cedido como todo el mundo al espejismo del oro y al encanto de las descripciones de la naturaleza, si en su fervor católico se entusiasma con la idea de conquistar almas, su genio práctico de gran jefe de Estado no ha dejado de ver inmediatamente lo que el quimérico Almirante no ha comprendido. Unos españoles irán a la India a buscar oro, sí; pero otros, agricultores y educadores, se establecerán allí y crearán fuentes de riqueza. Y, al mismo tiempo, sin saberlo, va a hacer posible la conquista, la exploración, la colonización del Nuevo Mundo, cuya existencia y extensión no sospecha Colón, ni nadie; va a hacer posible la fecundación, la transformación del suelo de un continente entero, tan pobre como las Antillas en productos agrícolas y en animales útiles al hombre. Haití y Cuba abastecerán a los conquistadores y éstos marcharán frecuentemente durante semanas enteras, por lugares deshabitados, haciendo caminar delante de ellas a las piaras de cerdos salidas de las parejas enviadas a las islas por la gran Reina Ca-

tólica. Este cuadro puede decepcionar a las almas soñadoras que ven de otro modo a los conquistadores. ¡Pero qué! No se forma un inmenso imperio con versos de poetas parnasianos.

Ya estaba en pie Cristóbal Colón, y se inclinaba para besar la mano de la reina y despedirse; pero ella le retuvo unos minutos más.

—¿Y el mapa?—le preguntó.

—¿Qué mapa, señora?

—El de las islas que habéis descubierto. Me lo habéis prometido: una carta geográfica con las latitudes y las longitudes, indicando la posición exacta de cada isla y las distancias. Tal vez no la habéis terminado aún. Apresuráos a hacerlo, os lo ruego, y enviádmela. Yo no se la enseñaré a nadie, si queréis que permanezca secreta.

El Almirante se queda tan sorprendido por esta petición—muy natural, aun cuando él no la esperaba—, que difícilmente encuentra palabra con qué responder. Está abrumado. ¡Cómo! ¡Ofrece a la reina montañas de oro, hombres de la naturaleza, los paisajes más hermosos del mundo, papagayos, todas las islas y el continente de las Indias, y ella le pide una carta geográfica con las latitudes y las longitudes!

No ha hecho este mapa y es incapaz de hacerlo. No sabe servirse de los instrumentos náuti-

cos. Dos veces únicamente ha intentado determinar en el curso del viaje la latitud y se ha equivocado en varios grados.

Algunos meses después el rey y la reina reclaman el mapa en una carta al almirante:

«...Y como para entender mejor vuestro libro necesitamos saber los grados en que se encuentran las islas y la tierra que habéis descubierto, y también los grados de la ruta que habéis seguido por nuestro servicio, enviadnos los en seguida, lo mismo que la carta que os rogamos nos enviaseis antes de vuestra partida.»

Los Reyes Católicos saben a qué atenerse: el Almirante es un aficionado. En los puertos de España y de Portugal hay una muchedumbre de simples marineros, que conocen el arte de navegar mucho mejor que él. Pero, en fin, el genovés encuentra gracia a los ojos de la reina y de muchos altos personajes del Estado. Ha descubierto islas y descubrirá otras. Nuevamente se le dará crédito, adjuntándole, además, un hombre del oficio—¡un fraile!—encargado de los detalles prosaicos de la aventura, de esas endiabladas longitudes y latitudes que el gran Almirante no sabe determinar. ¡Y en qué términos el rey y la reina le comunican esta decisión!

«...Nos parece que fuera bueno el que tomarais con vos a un buen astrónomo, y creemos

*LA VERIDICA
AVENTURA*

que Fray Antonio de Marchena os conviene para esto, porque es buen astrónomo y porque nos ha parecido que su opinión era siempre conforme a la vuestra.»

¿No son estas palabras una obra maestra de bondad y delicadeza? La grande y generosa Isabel—pues la carta lleva su sello personal—se ingenia para no herir el orgullo de un hombre culpable, por lo menos, de mentiras frecuentes.